

D. LUIS ORREGO LUCO

UNIVERSIDAD DE CHILE

DON LUIS ORREGO LUCO

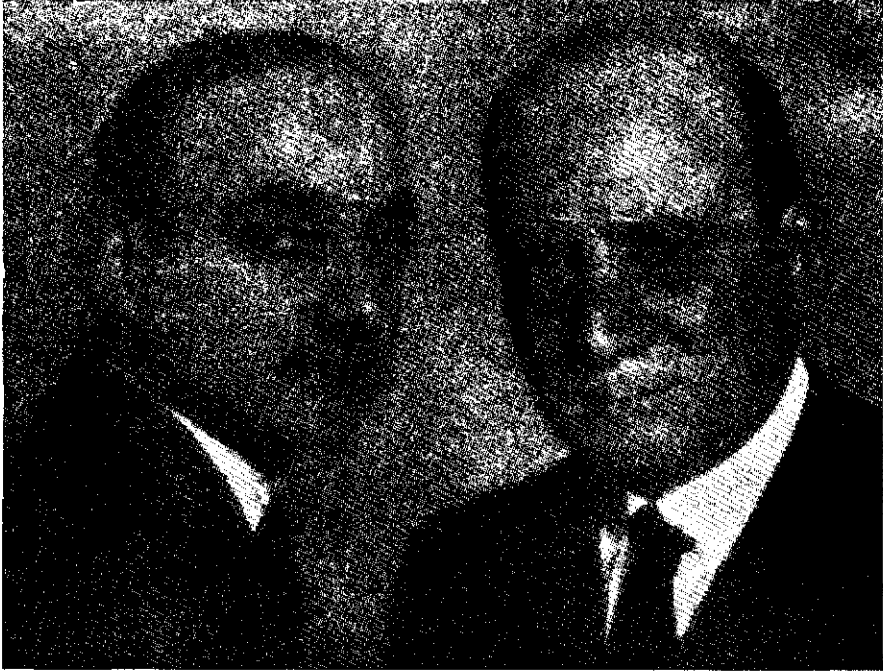
D. LUIS ORREGO LUCO

ARTURO ALESSANDRI PALMA

EMILIO VAÏSSE

DOMINGO MELFI

UNIVERSIDAD DE CHILE



DON LUIS ORREGO LU'CO
(URUGUAY)

ITINERARIO DE DON LUIS ORREGO LUCO

Nació en Santiago, en el seno de una de las más ilustres familias de Chile, el 18 de Mayo de 1866. Hijo de don Antonio Orrego y Garmendia y de doña Rosalía Luco y de la Barra, por cuya sangre le venía poderosa herencia intelectual. Su abuelo paterno, don Francisco Orrego y Hurtado de Osuna, había tenido, siendo adolescente, la suerte de determinar la victoria de las armas patriotas en el levantamiento contra revolucionario del coronel español Figueroa, por un golpe de audaz arrojo (Abril 1.º de 1811).

Siendo niño, su familia viajó a Europa, donde estudió dos años en uno de los mejores colegios de Suiza. Posteriormente, estuvo en un colegio británico de Santiago y en el Instituto Nacional. En la Universidad de Chile siguió los cursos de Leyes, recibiendo con distinción su título de abogado, profesión que sólo ejercería esporádicamente.

Muy joven, se reveló en él una excepcional vocación literaria. Escribió cuentos, fantasías y crónicas, algunas de las cuales aparecieron en «La Epoca». Desempeñó durante un tiempo el cargo de Archivero del Ministerio de Interior y trabó amistad estrecha con Rubén Darío, que por aquellos años iniciaba en Chile el vuelo de su genio poético. Junto con Darío, Pedro Balmaceda Toro y otros mozos ricos en talento y esperanza, formó una tertulia literaria, trascendente por la importancia que alcanzarían sus miembros en las letras americanas, tertulia que el joven Balmaceda presidía en el palacio de la Moneda, siendo su padre jefe del Estado.

Cuando estalló la revolución de 1891, solicitado por fervorosas aspiraciones de libertad electoral, ingresó a las filas del movimiento congresista, en cuyo ejército alcanzó en pocas semanas el grado de Mayor. En la batalla decisiva de Concón (21 de Agosto), combatió heroicamente a la cabeza de una sección de su regimiento—Chañaral 5.º de línea—, recibiendo tres heridas, una de las cuales le dejó estropeada la mano derecha, como en la izquierda le ocurriera a Cervantes.

Repuesto de sus heridas, fué nombrado Secretario de la Legación de Chile en Madrid, siendo posteriormente Encargado de Negocios en la villa y corte. En España contrajo relaciones con Menéndez y Pelayo, Campoamor, Valera, la Pardo Bazán, Núñez de Arce y otras figuras eminentes de la época, reanudando al mismo tiempo su vieja amistad con Darío.

Su primer libro—PANDERETA—, recopilación de novelas cortas, escritas en Santiago y en Madrid, fué editado por Fernando Fe en volumen similar a los de Clásicos Castellanos de aquel famoso impresor. Aquella obra, que contenía en germen las mejores cualidades que campearían más tarde en su novelística, tuvo éxito halagador.

Designado en 1893 Secretario de la Legación en Brasil, viajó a Río de Janeiro, donde residió algunos meses. Ahí le sorprendió la revolución de Peixoto, en cuyo decurso tuvo oportunidad de salvar la vida de Rui Barbosa, notable orador y hombre público.

El Presidente Jorge Montt, su antiguo jefe en el Gobierno de Iquique, le nombró, de regreso en Chile, Intendente de la provincia de Colchagua, cargo que sirvió sin abandonar sus tareas de escritor. Por esa época dió a la estampa UN MUNDO MUERTO, impresiones de Roma, y PANDERETA, obra notable, en cuyas páginas se contienen estampas coloreadas y brillantes de la España finisecular.

En Junio de 1896 contrajo matrimonio con doña María Vicuña Subercaseaux, hija segunda de Vicuña Mackenna, de cuyo enlace, el primogénito, Benjamín, fallecido cuando recién pasaba la línea de los veinte años, mostró excepcionales condiciones de artista.

En 1900 apareció UN IDILIO NUEVO, su primera gran novela, que primeramente publicara la «Revista de Chile». El éxito fué extraordinario, colocándolo de golpe a la cabeza de los novelistas jóvenes de Chile. Primaban en los capítulos de IDILIO

NUEVO, en cuyo protagonista—Antonio Fernández—había algunos rasgos del autor, color y gracia juveniles que le dan un encanto singular.

Más tarde publicó 1810, MEMORIAS DE UN VOLUNTARIO DE LA PATRIA VIEJA, novela evocadora que debía ser la primera de una serie de Episodios Nacionales al modo de Galdós. Desgraciadamente, otras preocupaciones le apartaron de ese camino, quedando interrumpida la tarea.

En 1909—fecha notable en la historia literaria de Chile—alcanzó la cumbre de su carrera de escritor con la aparición de CASA GRANDE, su obra maestra, en la cual, con honda sinceridad y estilete profundo, trazó el proceso psicológico de la sociedad de su tiempo. CASA GRANDE conmovió hasta en sus raíces al mundo chileno, provocando apasionadas controversias y despertando un interés no superado hasta hoy por ninguna obra nacional. Algunos de los personajes—que el público se empeñaba en señalar con nombres conocidos—han constituido tipos inolvidables por su realismo y por la fuerza de creación literaria que expandían. Omer Emeth, crítico ilustre, lo comparó con Maupassant y a la postre de detenidos estudios, concluía afirmando que después de algunos años «se verá cuán importante es CASA GRANDE». Los intelectuales de prestigio más alto lo saludaron con aplauso fervoroso. Don Rafael Luis Gumucio, alabándola como la «más hermosa novela chilena» leída por él, le reconocía, entre otras virtudes, «un interés que apasiona, que cautiva la atención, que arrastra la voluntad y que no permite abandonar el libro». Don Manuel Rodríguez Mendoza, le decía en carta difundida: «Usted ha subido, con su último luminoso empuje de escritor, a la más alta cumbre entre los hombres de letras en Chile».

Algunos personajes de la novela—el «Senador» Peñalver, Vanard, hombre de negocios, y los protagonistas Angel Heredia y Gabriela Sandoval—constituyen tipos vigorosamente destacados que permanecerán, no sólo por su verismo documental, como miembros de una sociedad ya extinguida, sino por su color y calor humanos.

Cabe citar, entre los críticos que mejor han analizado CASA GRANDE, aun cuando ha distado de agotar su exégesis, a Domingo Melfi.

Más tarde dió a la estampa varias novelas que forman, en su conjunto, un ciclo novelístico capital en la literatura chilena: EN FAMILIA (1912), AL TRAVÉS DE LA TEMPESTAD, obra extensa

en que recuerda la revolución de 1891, vivida por él (1914), EL TRONCO HERIDO (1930) y PLAYA NEGRA, obra escrita en sus años postreros con espíritu rico en vigor juvenil (1948).

PLAYA NEGRA, a poca distancia de CASA GRANDE, es no sólo una de sus mejores novelas, sino la más acabada en cuanto a pintura regional y evocación de época, porque Orrego Luco posee extraordinarias dotes pictóricas y un poderoso sentido descriptivo. Su argumento—evocación de los años de niñez—rueda en el marco bellísimo de Bilbao la Nueva (Constitución) en los tiempos de prosperidad de aquel puerto, y en la trama se reúnen episodios diversos que, junto al nudo central, muestran tipos aristocráticos y populares. Su Chuma, espécimen de lo que eran los antiguos HUANAYES que recorrían el río Maule en barcazas movidas con grandes remos, es acertadísimo y doña Catita, una de sus mayores creaciones literarias, tiene calidad insuperable; diríase que se arranca de la novela en carne viva.

PLAYA NEGRA, muestra, también, otro de sus aspectos característicos, acusado en delicioso sentido de humorismo, muy personal, muy matizado, con toques magistrales en ciertos personajes, sin lindar jamás en caricatura. El acento humano que respira esta obra, doloroso y aun amargo en veces, va a diluirse en el paisaje, sereno y apacible, en contraste con lo trágico del desenlace, dejando en el ánimo sensación de plena armonía artística. Pero aun hay en ella otro valor, que sólo se iguala en CASA GRANDE: la presentación de tipos y elementos múltiples, con perfecto sentido de proporción y de medida, como se observa en casi todas las grandes novelas europeas.

Sin embargo, para juzgar estas dos obras, como para apreciar la producción total de don Luis Orrego Luco, falta aun la necesaria perspectiva.

El ciclo novelístico de Orrego Luco, que lleva el subtítulo común de ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE, RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y abarca un lapso de más de medio siglo (1877-1930), puede disponerse en este orden, sin tomar en cuenta las fechas en que apareció cada una de las novelas que lo integran:

- I PLAYA NEGRA (años de 1877 a 80).
- II EN FAMILIA (1886 a 88).
- III AL TRAVÉS DE LA TEMPESTAD (1890-91).
- IV UN IDILIO NUEVO (1897-1900).
- V CASA GRANDE (1905-8).
- VI EL TRONCO HERIDO (1925-30).

En el terreno del cuento y de la novela breve, en que se iniciara de adolescente y dentro del cual obtuvo con PÁGINAS AMERICANAS su primer éxito, siguió espigando. Tenía para el cuento condiciones brillantísimas, según implícitamente lo reconociera Omer Emeth al compararlo a Maupassant: ingenio agudo, don de ironía, ojo penetrante, sentido arquitectónico, vale decir de la medida, piedad humana y mucho HUMOUR, que es poco frecuente en los escritores chilenos; de todo lo cual dió madura prueba en LA VIDA QUE PASA, deliciosa colección aparecida en 1918. SANTO QUE NO ESTABA EN EL CALENDARIO es muestra de la última calidad; HORA TRÁGICA, intenso relato dramático, LA JAPONESA, obra juvenil y UN POBRE DIABLO indican valiosos filones. Entre la producción dispersa en periódicos y revistas pudiera reunirse otro volumen.

Fué, también, periodista. Escribió correspondencias para «La Nación» de Buenos Aires bajo el seudónimo de Spectator, que se hizo vastamente conocido en Argentina. Colaboró en «El Ferrocarril» y «El Mercurio» de Santiago y fundó, en compañía de Ramón Rivas Ramírez, «La Mañana», diario moderno que dirigió un tiempo y donde realizó muchas campañas de interés público. Pero su mayor obra en este campo fué SELECTA, mensual de arte no igualado en Hispano América, al decir del español Antonio Romera. SELECTA se publicó durante cinco años, en entregas que contenían reproducciones pictóricas, páginas en color, artículos y crónicas de escritores notables y comentarios personales bajo el título de HECHOS Y NOTAS.

De orden artístico fué su actuación como Director de la Escuela de Bellas Artes, cargo para el cual le recomendó el ilustre pintor español don Fernando Alvarez de Sotomayor, a cuyo juicio era quien más entendía en la materia en Chile. Su administración (1912-15) fué laboriosa y difícil, pues emprendió la ardua tarea de rehacer su estructura, a la europea, siguiendo los valiosos consejos del maestro español que le anteciedera.

Otros aspectos importantes de la personalidad de don Luis Orrego Luco deben ser destacados: el tratadista internacional y el sociólogo.

Muy joven aún compuso EL GOBIERNO LOCAL, alabado en el foro, y más tarde dió a luz un estudio social, histórico y político sobre CHILE, que constituye una contribución notable para el conocimiento de su país.

La serie conocida con el nombre de LOS PROBLEMAS IN-

TERNACIONALES DE CHILE, publicada por el Estado, sirvió de base a la defensa de los derechos nacionales en diversos conflictos externos, con lo cual debe reconocérsele título de gran patriota y de servidor público eminente. Comprende: LA CUESTIÓN PERUANA, LA CUESTIÓN BOLIVIANA y LA CUESTIÓN ARGENTINA. Hay que mencionar, además, su magnífico estudio sobre EL ARBITRAJE OBLIGATORIO. Fué Profesor Extraordinario de Derecho Internacional en la Universidad de Chile, cátedra que ejerció por espacio de varios años.

Desde joven se interesó por los asuntos políticos, pues tenía verdaderos dotes de hombre de Estado, con visión clara y la necesaria imaginación de que carecen casi siempre los gobernantes sudamericanos. En 1918 fué elegido Diputado al Congreso Nacional por el Departamento de Osorno, revelándose orador avezado y parlamentario con profundos conocimientos de la realidad americana. Fué Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores y en esta calidad representó a la Cámara en las ceremonias de la inauguración de la estatua del Libertador O'Higgins en Buenos Aires (1918).

En el curso de este último año y cuando su hogar se veía sacudido por la prematura desaparición de su hijo Benjamín, el Presidente Sanfuentes lo llamó al Gobierno en el carácter de Ministro de Justicia e Instrucción Pública del Gabinete Quezada-Orrego Luco. Durante su ministerio realizó importantes trabajos, favoreció la construcción de escuelas y se preocupó afanosamente de la ley de Instrucción Primaria Obligatoria, de que fué principal sostenedor.

En 1921, el Presidente Alessandri le ofreció la Legación en Colombia, que desempeñó con mucho brillo hasta 1924. Posteriormente fué Ministro en Uruguay por espacio de más de seis años y en Paraguay. En varias oportunidades presidió misiones especiales con el carácter de Embajador Extraordinario ante los gobiernos de Bogotá, Montevideo y Asunción. Este aspecto de su vida pública reviste importancia, pues tuvo oportunidad de prestar a Chile, como diplomático, servicios de considerable valía.

Retirado de la vida activa en 1931, se consagró, en la paz de su hogar, a redactar sus MEMORIAS, en las que se aúnan las condiciones literarias e imaginativas, la visión política, la riqueza de observación y el cáustico ingenio a las dotes de una rentiva privilegiada, con todo lo cual pudo hacer una obra, iné-

dita todavía, cuya importancia sólo podrá ser apreciada en el correr del tiempo.

Escribió, también, PLAYA NEGRA, su última novela.

Y para cerrar el capítulo de su obra intelectual, aun pudieran mencionarse tres o cuatro poemas en verso, que no tuvieron publicidad. Dan ellos nueva prueba del grande artista que había en él.

La Real Academia Española le designó miembro correspondiente y la de Chile académico de número, constituyendo su discurso de incorporación una notable pieza literaria; en él elogió la obra de don Juan Agustín Barriga, su eminente antecesor.

Retirado del Ejército en la juventud, recibió posteriormente el grado de Coronel (1937) y el de General de la República (1947), en reconocimiento de los servicios prestados durante la guerra civil de 1891.

En la tarde apacible el reconocimiento nacional llegaba hasta su retiro de la calle Villavicencio. Joaquín Edwards Bello le proclamaba primer novelista chileno, su nombre ocupaba sitio de honor en antologías y diccionarios, la sociedad le tributaba homenajes.

Viudo ya, pues su admirable compañera, doña María Vicuña Subercaseaux, había fallecido el 2 de Noviembre de 1942, grave dolencia al corazón se hizo presente, a consecuencia de la cual sus ojos se cerraron serenamente en la mañana del 3 de Diciembre de 1948.

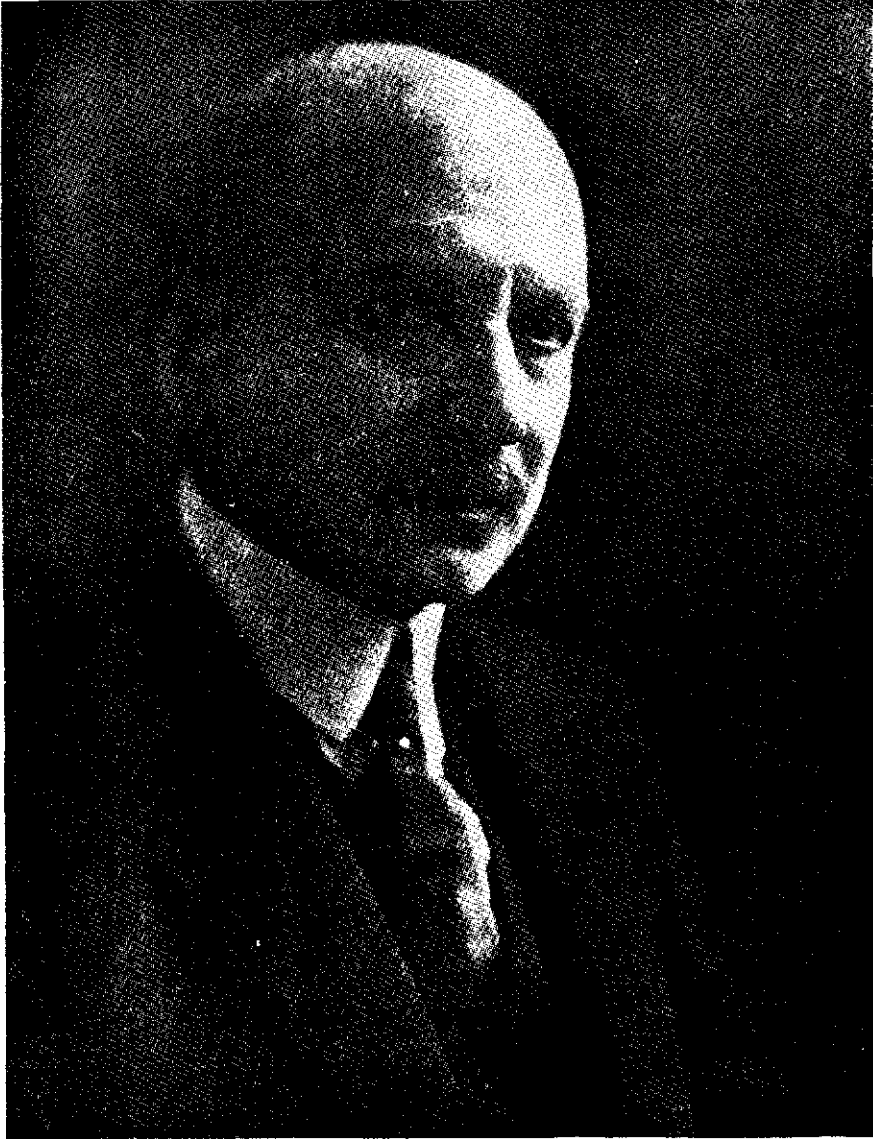
Junto a su féretro, el Presidente del Senado, don Arturo Alessandri Palma, pronunció palabras de justicia. «Su obra es inmensa, dijo, porque es la de un artista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpatía noble, comprensiva y generosa». «Escribió novelas admirables, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria, y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es, a mi juicio, nuestro primer novelista, el más ilustre de todos; mayor que Blest Gana».

Añadió Alessandri en su hermosa oración fúnebre: «Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas sus energías...» ().*

() Véase el estudio de Eugenio Orrego Vicuña: Don Luis Orrego Luco. Apuntaciones biográficas, en el segundo tomo de ENSAYOS (Edición de la Universidad de Chile).*

Emilio Vaïsse
(*Omer Emeth*)

C A S A G R A N D E



DON LUIS ORREGO LUCO
EN LA EPOCA DE "CASA GRANDE"

I

ESTUDIO SOBRE ALGUNOS TIPOS Y ALGUNAS IDEAS DE LA NOVELA DE LUIS ORREGO LUCO.

En su libro sobre Taine, M. André Chevillon cita esta frase del gran filósofo y crítico francés: «Entre nuestros escritores sólo uno posee facultad creadora. En sus libros los caracteres brotan y se desarrollan por sí solos. Es Maupassant, cuyas dotes creadoras son superiores a las de Flaubert».

Leyendo *Casa Grande*, la última obra del novelista chileno L. Orrego Luco, y comparándola mentalmente con otras de igual «nacionalidad», volvíame a la memoria la frase de Taine, y más de una vez, en presencia de los caracteres que brotan en *Casa Grande* y se desarrollan por sí solos (o con un mínimum de esfuerzo), dije: «Es Maupassant...»

Y, en efecto,

Si parva licet componere magnis;

sí, como decía el poeta romano, es lícito comparar autores desiguales, no creo que pueda negárseme el derecho de establecer una visible analogía entre el inmortal escritor francés y el distinguido escritor chileno.

Quien haya leído *Fort comme la Mort* o recuerde esos tipos inefables que «viven» en los cuentos del maestro, no podrá negar al creador del «Senador» Peñalver, del corredor y agente de negocios Vanard, del reverendo «señor Correa», cierto parentesco (que mucho le honra y mucho más promete) con Maupassant.

Alguien dirá tal vez que el «Senador» existe aún y «vive siempre sobre el país». Que Vanard vivía hace dos o tres años

en esta ciudad, y que el «Señor Correa» es de lo más vivo y conocido de esta capital, «en que todos nos conocemos...». Orrego Luco no es creador: es fotógrafo...

Sí, pero lo es como Maupassant que «creó» sus caracteres copiándolos del natural, de tal suerte que hoy, al pie de cada retrato y en el margen de cada cuento, se puede escribir con perfecta seguridad nombres propios, fechas exactas y todos los pormenores históricos y geográficos de la realidad allí pintada para siempre.

Es que la fotografía del «Senador» no es retrato vulgar, tomado, desarrollado y retocado según recetas al alcance de todos los aficionados; «es una de esas pinturas que nos dan, de la vida, una visión más completa, conmovedora y probante que la realidad misma».

De estas «fotografías» Maupassant, en su prefacio de *Pierre et Paul*, nos da la fórmula y, por haberla aplicado con éxito en su novela, merece Orrego Luco que le llamemos «creador de Correa, Vanard y Peñalver».

Pero aquí cesa la analogía entre él y Maupassant. Mientras éste, en efecto, guarda sus mejores pinceladas para los verdaderos protagonistas de sus cuentos y novelas, y se contenta con esbozar los figurones y comparsas de segunda fila, el novelista chileno hace todo lo contrario.

En *Casa Grande*, por más que el señor Orrego Luco acumule pormenores y menudee adjetivos, los dos «héroes», Gabriela Sandoval y Angel Heredia, no llegan nunca a imponérsenos con la fuerza de los tres tipos secundarios que acabamos de nombrar. Viven, sí; viven enérgica y dolorosamente; pero su vida se siente sin que la veamos y toquemos como tocamos y vemos la de Peñalver.

Vuelvo siempre a este «vividor»... que es de todos los personajes de *Casa Grande* el más vivo en todos los sentidos de esta palabra.

Los demás, principiando por Angel y Gabriela y siguiendo con Magda, Sanders, Aguirre, etc., etc., hablan, juegan, comen, beben, aman y mueren sin dar a esas manifestaciones de vida otro «cachet» (como diría Sanders) que el de la elegancia «casagrandeña», vulgar por lo común en cierta clase social.

No exceptúo ni al solemne don Leonidas Sandoval, cuya mejor obra en dos tomos fué sin duda ese «par de palmitos»

de sus hijas Gabriela y Magda, y no su gran discurso para disuadir a la primera de sus veleidades matrimoniales y prevenirla en contra de Angel Heredia.

Por más que nada de esto diga el novelista, es seguro que Sanders, recién llegado de París, le califica de «raseur» y que Peñalver sabía a qué atenerse sobre el «economista» paterfamilias.

«¿Economista él, Leonidas? Vamos, en Chile todos se creen economistas y hombres públicos en cuanto llegan a engordar media docena de vacas en un potrero alfalfado. ¡Y qué respeto manifiestan esos imbéciles por el dinero! ¡Si es cosa de morirse de risa! Esos estadistas que, según asegura Marcial, apenas si llegan a estadísticos...».

Razón tienen Marcial... y Peñalver... Don Leonidas no vale sino en proporción de su dinero y en hora oportuna desaparece de la escena.

De los demás el que posee una filosofía de la vida es mi «Senador»; una filosofía clara aunque profunda; no muy noble, por cierto, en algunas ocasiones; pero siempre práctica y amoldada a la realidad.

«Vivir peligrosamente» decía Nietzsche; «vivir sobre el país», dice Peñalver; he aquí su doctrina cristalizada en una fórmula.

«Era el «Senador Peñalver» un personaje simpático, interesante y en extremo curioso... Por familia, pertenecía a una de antiguo y honrado abolengo... , era, con todo, aventurero y sin profesión, ni fortuna, ni medios conocidos de existencia, ni recurso de alguna especie... ¿Cómo vivía, cuáles era sus recursos? La gente muchas veces se lo había preguntado, sin alcanzar ni asomos de respuesta. Lo más atinado era lo que había dicho un día Magda: Ese es un misterio—que el mundo para siempre ignorará... Lo cierto es que no daba sablazos, no pedía prestado, ni jugaba en el Club, ni cometía el más leve acto de indelicadeza. Tampoco desempeñaba puesto público ni privado. «Yo realizo el ideal de la economía política, solía exclamar con su voz agradable de barítono cantante; vivo lo mejor posible y con el mínimo de esfuerzo... vivo «sobre el país»... (T. I. Págs. 55-56). No puede negársele al Senador el título de filósofo, y todo el resto de la novela lo demuestra... Tan profundo economista como psicólogo, Pe-

ñalver no es, sin embargo, de los que se paran en pelillos cuando se trata de moral. Si hemos de creer lo que nos cuenta de él nuestro novelista, el «aventurero» profesaba teorías algo «aventuradas» en esa materia, y no desdeñaba comunicarlas a la juventud estudiosa.

«Si yo tuviera treinta años y su figura, dijo Peñalver al enamorado Heredia, créame, joven, no respondería de las virtudes conyugales de muchas matronas chilenas. La audacia es gran condición; es preciso atreverse... el mundo es de los audaces. ¿Me entiende?»

Sí, entendemos; mas no comprendemos que, con semejantes teorías, el «Senador» se mantuviera firme en el camino de la delicadeza, en que raro es hallar a los audaces... Pero ya lo sabemos por boca de la linda Magda: «ese es un misterio...»

Otro filósofo hay en la novela y es el autor de la misma. Discípulo de Maupassant en varios momentos de su obra, L. Orrego Luco cesa de serlo cuando nos expone sus propias teorías filosóficas.

Maupassant era, como Flaubert, «ausente de su obra». Todos los críticos han notado las peculiaridades que distinguen a ambos maestros: el no dejar que se manifieste su presencia por la expresión de un juicio y el contentarse con el papel de los «biógrafos», dando paso y abriendo campo a los seres y a los acontecimientos, como hace la Naturaleza indiferente y fecunda.

El señor Orrego juzga y funda sus juicios en teorías discutibles.

Tomemos, por ejemplo, la teoría fundamental en que estriba la filosofía de su novela, teoría que asoma en varias páginas y cuya exposición más completa se halla en las páginas 81-82.

Según nuestro autor, «en el criterio social domina, de modo absoluto y sin contrapeso, particularmente en pueblos de raza latina y de origen español, la creencia en la libertad del criterio y de la acción humana, sin lazos atávicos de esos que ligan al hombre a lo pasado, con abuelos y parientes, por lazos misteriosos y ocultos. Y semejante manera de concebir al hombre como unidad aislada... es la manera uniforme de pensar de nuestras mujeres chilenas...», etc.

Dejemos a un lado la manera de pensar y preguntemos al señor Orrego el significado de sus proposiciones.

Lo que él llama «libertad de criterio y de acción» en contraposición con el atavismo, significa, sin duda, el «libre albedrío».

¿Cree, acaso, que yerran las mujeres chilenas cuando juzgan imperdonable la traición de un marido, fundándose en que, a pesar de sus abuelos, éste podía mantenerse fiel a sus deberes de esposo?

Ellas saben, como lo sabe por propia experiencia el mundo entero, que hay tendencias y caracteres heredados; pero saben igualmente que, salvo en casos de degeneración, todo hombre puede y debe reformar a éstos y resistir a aquéllas...

Saben igualmente que, con las teorías que las líneas citadas dejan entrever, no hay crimen que no tenga excusa, ni virtud que merezca alabanza.

Si somos esclavos de nuestros antepasados, la moralidad, la civilización, todo lo que da a nuestra vida su precio y su hermosura desaparece. Nos quedamos prisioneros de lo pasado... y de las circunstancias. «Una queja, un encuentro súbito, leves inflexiones de voz, habían decidido el porvenir de ambos...» (página 102). «La noche, los nervios, la temperatura, el calor de otra alma, los sonidos melódicos de un piano, las armonías y tonalidades quemantes de la voz humana» (página 34) he ahí algunas de las cadenas que, según el novelista, nos quitan la libertad del criterio y de la acción.

Pero la verdad es que si aquello ejerce sobre nosotros tan eficaz tiranía, es porque nosotros libremente lo permitimos. La pregunta de Molière resuelve el caso: «Qu'allait-il faire dans cette galère?». Todo está en no embarcarse...

Mas, siendo este asunto de «lata» discusión, lo dejaremos para ocasión más propicia.

Veo al concluir que no he analizado la hermosa y triste historia de amor (y amores) que es *Casa Grande*; historia de fatalidades, diría el autor; de errores, pecados y crímenes, dirá una de esas mujeres chilenas cuya manera de pensar no es aceptada por el señor Orrego.

Ya no es tiempo de emprender ese análisis que, por otra

parte, ningún lector nos perdonaría; pues equivaldría a una vivisección o disección de un cuerpo vivo, es decir a quitarle a la deliciosa novela su novedad, movimiento y vida (1).

II

«CASA GRANDE» Y LA CRÍTICA

«On ne peut contenter tout le monde et son père».

Es imposible negar a *Casa Grande* el calificativo de interesante, y, para convencerse de ello, bastaría recordar que, de todas las novelas publicadas en Chile y por chilenos, ella es la que ha provocado más viva discusión en nuestro mundo intelectual y en la sociedad.

(1) Añadiré aquí el interesante y sustancioso resumen que de esta novela hizo el señor E. Astorquiza en un artículo en «La Unión» de Concepción. (Octubre 4 de 1908).

«Pero a fin de no hacer el papel desairado del que está hablando con un sordo, será necesario explicar a los lectores que no hayan leído la novela, de qué se trata en substancia.

Angel Heredia, joven perteneciente a una gran familia de Santiago, está enamorado de Gabriela Sandoval, de gran familia también. (Se trata de una novela aristocrática). Esta observación me ahorrará indicar el rango de los demás personajes a quienes tenga que nombrar. Pero a D. Leonidas, padre de la niña, no le gusta el mozo. Sus razones tiene. Gabriela, hija sumisa, se somete y ya no hay matrimonio.

No lo hay, por lo pronto. Pero he aquí que D. Leonidas muere. Con esto los amores de Angel y Gabriela se renuevan. Se casan. Es un matrimonio de gran resonancia en Santiago: los dos ricos, buena familia, buenos mozos, elegantes.

Según todas las apariencias, debía ser una pareja muy feliz. Sin embargo comienza el «desacuerdo». Cómo, cuándo, por qué, ni ellos mismos lo saben. (El novelista, por supuesto, lo sabe y lo explica bien). El hecho es que no se entienden. Esta desinteligencia es tanto más grave y profunda cuanto que, no sólo ignoran sus causas, sino que tampoco se manifiesta de una manera visible. En suma: son desgraciados, ya no se aman, ya no se quieren.

Un escándalo en que aparece mezclado Heredia con una artista del Municipal, ha hecho más honda la división. Gabriela se va de casa de su marido; va a vivir a la de su madre.

El presbítero señor Correa viene a ver a Angel y le dice que su mujer está muy herida; que al fin se reducirá, pero con el tiempo; y que, por lo pronto, lo mejor es un viaje a Europa. A su vuelta reanudarán su existencia más sólida, afianzada en las lecciones del pasado. Angel acepta el consejo y parte.

A los pocos meses vuelve. Su mujer lo espera. Parece que van a comenzar una nueva vida. Viendo a sus hijos, Angel «se sentía mejor, más sano de alma, comprendía unos horizontes nuevos y puros, dentro del deber y la familia» (t. II, 149). Esta bonanza dura poco. Comienza la misma desinteligencia de antes, agravada ahora con la sospecha de que su mujer lo engaña con Leopoldo Ruiz. Ha recibido anónimos en este sentido. En fin, una noche, al regresar de una comida de etiqueta, Angel (por cuyo cerebro había pasado varias veces, aunque vagamente, la idea de desembarazarse de su mujer), le hace una inyección de Digitalina con Atropina, en vez de hacerle una con morfina que ella le pedía. Gabriela muere».

«El señor Orrego Luco podía esperar mayor suma de alabanzas, pero difícilmente mayores y más intensas discusiones. Puede, como novelista, aplicarse el principio de Descartes: «Pienso; luego soy»; es decir: «Piensan en mí, puesto que me discuten: luego existo» (2).

No hacía falta *Casa Grande* para esta comprobación; pero la discusión que ha provocado demuestra con una claridad ya irresistible la existencia en Chile de un verdadero y real novelista chileno.

Por otra parte, si la novela y el novelista son interesantes, no lo son menos las críticas que éste y aquélla han provocado en nuestro «piccolo mondo moderno...».

De la lectura de los diez o doce artículos críticos publicados con ocasión de *Casa Grande* en la prensa santiaguina, hemos sacado algunas conclusiones que creemos oportuno comunicar a nuestros lectores.

La primera es que, en Santiago, al juzgar por las opiniones vertidas en aquellos artículos, no hay actualmente materia prima para una novela de costumbres.

Según algunos críticos, la vida que llevan hoy en día las familias aristocráticas, es mero trasunto de la vida europea. Tal es su carencia de originalidad y «cachet», que el describirla es condenarse a copiar malamente las obras y «la manera» de los novelistas franceses.

Esto significaría, sin duda, que aquella vida aristocrática debe clasificarse en el número de las cosas a que Don Quijote aplicaba el principio: «Peor es meneallo...».

Según otros, lo único digno de tentar la curiosidad de un novelista, es lo que nos queda aún de la vida colonial.

Parecen creer que algo queda de esa época original; algo, quiero decir, que sea característico de este pueblo y de esta aristocracia.

Pero nadie se digna decirnos cuáles son estas notas distintivas, cuáles esos residuos y resabios de antaño.

(2) Hubo, en verdad, algo más. Dice el señor Orrego, en su *Historia (o defensa) de Casa Grande*:

«Me llovían los ataques en pos de las alabanzas, me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anunciaban escenas tempestuosas... Cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía, cerca de mí, la angustia profunda del que se ve desconocido, no faltaron personajes respetables que me detuvieran en la calle, con palabras de aliento, a darme un apretón de manos». «Mercurio». Julio 6 de 1909.

Esta «Defensa» fué ocasionada por una carta pública del Sr. R. Huneeus.

A la verdad, podría un novelista dedicarse a pintarnos la vida colonial de Chile así como Walter Scott nos pinta la vida medioeval europea, y, particularmente, la inglesa. Pero no reparan estos críticos en que, hoy por hoy, la novela histórica es muy desacreditada. No ven que el público busca realidades o, como dicen los italianos, «verismo», es decir, cosas vividas tanto por el lector como por el escritor.

No es preciso tener el sentido crítico muy aguzado, para sospechar que la novela histórica no es ni novela ni historia. . .

Esto es, además, fácilmente averiguable, ya que tenemos a mano novelas de esa clase (y novelas chilenas) cuya característica consiste en carecer tanto del elemento histórico como del novelesco.

Querer, pues, obligar a un hombre de talento, como es el señor Orrego Luco, a pintarnos la vida colonial que él no ha conocido, es exigirle un anacronismo. Pídasele enhorabuena un libro de historia verdadera, como son los de Houssaye sobre los últimos años del imperio de Napoleón, o como los de Massón sobre el gran Emperador. Sus dotes descriptivas, su poder imaginativo tendrán allí en qué ejercitarse, y veremos resucitar los viejos Presidentes, los oidores, los conquistadores del principio y los libertadores del fin de la época colonial.

Falta únicamente saber si los historiadores, al tratar de esos tiempos y de esos hombres, no han hecho lo del caballo de Mahoma, que esterilizaba el suelo con el simple contacto de su uña.

Otros críticos reprochan al señor Orrego el haber imitado a Maupassant y copiado de la realidad chilena contemporánea ciertos tipos como el «senador» Peñalver, el corredor de comercio Vanard, y el reverendo «señor Correa».

Sobre esto se acude a consideraciones elevadísimas y se llega a negar que el novelista tenga el derecho de fotografiar seres reales y personajes conocidos (3).

Háblase, a propósito de Vanard, de la paz del sepulcro, etc., etc. . .

(3) Dice, sin embargo, el Sr. Orrego en la citada carta: «*Casa Grande* no es la novela en clave que ha creído leer una parte del público por cierta mixtificación bien fácil de explicar; no se refiere a cierta dolorosa tragedia . . . y sus personajes, si bien reales, son enteramente diversos de lo que se comenta sottovoce. . . ».

Esto, empero, no impide que, en mi opinión, los personajes de esta novela sean más reales que la realidad misma.

Pero no se tiene en cuenta que el autor de *Casa Grande* no ha hecho más que imitar modelos clásicos y ejercitar un derecho universalmente reconocido en todas las literaturas contemporáneas.

Fácil sería demostrar que, en Francia, por ejemplo, no hay novelista de primer orden que no haya fotografiado algunos Peñalveres, Vanards, o Correas de su tierra.

Fácil sería igualmente contestar a la objeción que se nos haría a este propósito. Diríase, sin duda, que en materia de novelas, Francia no es siempre digna de imitación.

Pero, diríamos nosotros que si A. Daudet, al pintar su «Académico», y L. Daudet, sus «Mortícolas»; si Bourget y otros, al describirnos del natural tipos aristocráticos o burgueses, conocidísimos en París, han procedido con ligereza y laxitud francesa, es natural que busquemos modelos en Inglaterra, país de rigidez moral y de novelas siempre ajustadas a los diez mandamientos de la ley de Dios (4).

(4) Me agradecerá el lector una nueva cita de

la *Historia de «Casa Grande»*.

«Alguna de las Manuelitas Vásquez, de nuestra pequeña metrópolis, se creyó herida, pidió a una amiga su coche prestado, y se echó a la calle clamando venganza y diciendo a gritos en todos los salones, que era la novela una relación de cierto doloroso episodio real. Alguna «Magda», con igual ligereza o tal vez mayor, creyó verse pintada ella sola, haciéndose otra gira de visitas de protesta; y algunos amigos imprudentes acudieron, en mi contra, a la columna de los diarios. Moviéronse los amigos y las familias con tal tino que a poco, y sin mucho esfuerzo, hasta los más reacios vinieron a convencerse de la efectividad de la leyenda improvisada por la chismografía y convirtieron, con la imaginación, en gigantes a los molinos de viento y en ejércitos a las manadas de carneros.

«Ayudaban a esa acción perturbadora la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas frases y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente. Al reproducirlos, como elementos artísticos de verdad, quedé muy lejos de lo que hacen los grandes escritores, no sólo en la factura misma, sino en la completa reproducción de los modelos. Daudet en *Numa Roumestan*, pintó a Gambetta; en el duque de Mora, al de Morny; en Felicia Ruyz, a Sara Bernhardt; en Mompavon, al Marqués de Massa. Benjamín Disraeli ha retratado en sus novelas a Peel, a Lord Grey, a Palmerston, a Lady Avondale y a casi toda la alta sociedad inglesa de su tiempo. Thackeray hizo lo mismo en sus novelas. Acaba de hacerlo Marfa Corelli, en otra novela ruidosa, como el Padre Coloma en *Pequeñeces*. . . Lo mismo hizo Guy de Maupassant, y también Pablo Bourget. En el baile dado en Cannes por la princesa del *Idilio Trágico*, aparecen, entre otros personajes claramente pintados, el coronel Marchand, explorador africano, y el propio Guy de Maupassant.

«Bastaron algunos perfiles verdaderos y algunas escenas reales, para dar a *Casa Grande* tal vibración de vida que muchos creyeron ver cosas que yo no había pintado, y la maledicencia completó la obra de perturbación horrible y para mí desesperante.

«Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social, cuando todos se creían aludidos, dándose nombres de personas a quienes no conozco ni de vista, y hasta cuya existencia ignoraba, pues era de moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocía en absoluto mis propósitos y mis ideas; cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa. Ciertos respetables sacerdotes, cuyos méritos y virtudes soy el primero en

Si, en efecto, tomamos uno de los novelistas ingleses más conocidos que, además de escritor, fué uno de los grandes políticos del siglo pasado: a Disraeli, conocido bajo el título de Lord Beaconsfield, tendremos un escritor que no pintaba sino personajes de carne y hueso y tan vivos que la misma Reina Victoria les ponía el verdadero nombre que llevaban en la realidad de la vida aristocrática.

Así, por ejemplo, el Lord Cadurcis de *Venetia*, es Lord Byron; Lord Henry Sidney en *Coningsby*, es Lord John Manners; el cardenal Grandison de *Lothair*, es el cardenal Manning; el duque que aparece en esta última novela es el duque de Abercorn; el marido de Myra, en *Endimión*, es Napoleón III... etc.... etc....

Sí, pues, es admisible que Disraeli apunte su aparato fo-

reconocer, pero cuya infalibilidad tengo el derecho de discutir, encontraron que mi obra era inmoral y contraria a los principios de la Iglesia. La prensa católica se aprestó a combatirla y recibí la notificación en una carta hidalga y franca del Director de «La Unión», el hábil y distinguido periodista señor A. Cariola. A vuelta de algunas alabanzas generosas, y acaso excesivas, a la parte literaria, colocándola junto a las mejores novelas de América, me decía: «Qué interesante, mejor dicho, qué emocionante!...».

«Perdone, mi estimado amigo, que lo diga con ruda franqueza... Su obra, para quién, prescindiendo de las exterioridades, la juzgue a fondo, es una tremenda diatriba contra el matrimonio indisoluble, es decir contra el matrimonio cristiano. Deja la lectura de *Casa Grande* un fondo tal de amargura en el alma, excecpticismo de la vida, que da ganas de huir hasta de su recuerdo.

«Su novela va a merecer los más entusiastas elogios del mundo literario, de ese mundo que poco se preocupa de lo moral, y para el cual el arte es el todo. Pero entre los nuestros, entre los católicos de Chile, levantará una tempestad y merecida, porque usted ataca nada menos que el sacramento base de la familia y de la sociedad cristiana.

«Cuán grato hubiera sido para mí que «La Unión» hiciera coro a las alabanzas tributadas a su libro. Veo, sin embargo, que ello no será posible...».

«En efecto, luego apareció una serie de artículos en que se demolía *Casa Grande*, negándoseme el agua y el fuego. Guardé silencio, profundo silencio, en los momentos en que me asaltaban de todas partes convirtiendo mi persona en blanco de todo género de ataques y casi transformando mi modesto libro en cuestión religiosa, en ariete social que planteaba en Chile, por primera vez, la cuestión del «divorcio». Dijeron otros que era un libro de escándalo y de negocio, cuando no podían ignorar que se ha vendido a «precio de costo», sobre poco más o menos. Nadie me sacó de mi silencio; no pedía cuartel, ni trataba de explicar mis intenciones. El libro debía defenderse sólo y en esa hora de prueba, de ataques despiadados y sin ejemplo en Chile, debía yo hacer la defensa interior y callada de la palabra evangélica: «No vacilemos... arriba Dios nos ve y nos juzga...».

«Pasará el tiempo, se calmarán los nervios de los que tengan algo de razonables y tranquilos. Muchos permanecerán siendo injustos; acaso algunos mirarán con odio, ninguno con indiferencia, al autor y al libro de *Casa Grande*. Pero estoy seguro de que pocos, en Chile, podrán olvidarse del grito de agonía, de la emoción muy honda que brotan por sí solos de las páginas del libro y que corresponden a un estado de alma.

«Y algunos meditarán sobre los problemas hondos y graves que comienzan a diseñarse en nuestra sociedad y en nuestra vida. Son semillas arrojadas al surco. Germinarán en su día—en un día de verdad y de justicia».

tográfico sobre hombres como los nombrados, no vemos por qué razón pecaría el señor Orrego retratando del natural a los tres tipos antes designados.

Es indudable que en esto, como en todo uso de un derecho, hay límites que merecen respeto; pero dentro de esos límites que son la decencia y la justicia, el novelista puede y aun debe copiar todos los personajes que, en grado apropiado, sirven para representar un país, una época o un momento determinado.

Al hacerlo, y sean cuales fueren los cuidados y restricciones que se imponga, el escritor no logrará aprobación universal. Bastará, sin embargo, para su consuelo y satisfacción, el haber dado vida, y vida permanente, a tipos que, sin él, no dejarían rastro visible en la historia (5).

En esto sucede lo que La Fontaine describió en su fábula del «Molinero, su hijo y el asno»: «On ne peut contenter tout le monde et son père...».

III

CARTA A UN CRÍTICO DE «CASA GRANDE»

He leído, señor, una y otra vez los considerandos del fallo que usted pronuncia sobre *Casa Grande*, y encuentro en ellos los elementos de mi justificación.

Complácese usted en reconocer el talento del señor Orrego y en suavizar sus críticas, admitiendo que *Casa Grande* «em-
« pieza con excelentes descripciones de algunas costumbres y
« de algunos tipos nacionales». Prosiguiendo y dando pormenores, dice usted: «La escena en la Alameda, la muerte de don
« Leonidas y el luto de las Sandoval, son cuadros de mucha
« observación y de verdadero mérito. Hay que elogiar también
« la descripción de Granada, si bien esa descripción encuadra
« tanto en la historia de Heredia como si dijéramos en la his-

(5) Creo que, antes de muchos años, este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900-1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es *Casa Grande*.

« toria de don Bernardo O'Higgins. Ese capítulo es tan bello « como postizo» (6).

A estas alabanzas agregaría yo algunas más si no fuera por el temor de repetir lo que en otros artículos he dicho ya varias veces.

Es, pues, cierto, mi distinguido señor, que *Casa Grande* no carece de valor literario y, por tanto, si atendiendo a sus diversos méritos creí poder alabarla, estimo no haber procedido sin fundadas razones.

Considerándola en conjunto y aplicándole el criterio de Jorge Sand, digo que ella me «sedujo» (es decir, me interesó en alto grado), y que además me «conmovió», poniéndome en presencia de la ruina paulatinamente creciente de un hogar. No me «consoló», pero, ¿cuál es la novela que pueda de veras consolarnos, si en ella sólo se refleja la realidad...?

He leído últimamente el hermoso libro de J. Merlandt sobre *La Novela Personal, desde Rousseau hasta Fromentin* (7) y he podido ver, en las reseñas de todas las novelas francesas escritas desde 1750 hasta 1853, que el elemento consolador falta tanto en la ficción como en la realidad de la vida.

Si, como usted lo reconoce, el pesimismo domina en la literatura actual chilena, es probablemente porque las condiciones morales de la sociedad no permiten soñar con arco iris ni con rosados optimismos.

No es extraño, por consiguiente, ni es, en mi sentir, censurable que la novela de Orrego Luco deje al lector una sensación de amargura y desconsuelo.

Repito, mi distinguido señor, que viviendo, como el Silvestre Bonnard de Anatole France, recluso en la «Cité des livres», no puedo juzgar de la absoluta exactitud fotográfica o pictorial de la novela que nos ocupa. Juzgo, «á priori», y por tanto puedo y temo errar. Pero hay algo que me anima a sacudir parte siquiera de mi temor...

Cuando, en *Casa Grande*, encontré al senador Peñalver

(6) En este último punto opino exactamente del mismo modo. Pero el señor Orrego podría vindicarse del reproche de «posticidad» (perdónese me el neologismo) aduciendo precedentes de gran peso sacados del *Quijote*, de la *Divina Comedia* y de un sinnúmero de novelas reputadas como obras maestras... Esa «posticidad» se perdonará siempre que vaya unida con la belleza.

(7) Publicada en París, Hachette et Cia. 1905, libro importantísimo.

y reconocí en él a un hombre cuya «conversión» me fué en cierta ocasión encomendada por una de las más distinguidas y venerables señoras de la sociedad santiaguina (8), paré la oreja y pensé que Orrego Luco podía ser un buen pintor de la misma sociedad... Avanzando en la lectura yo, aunque ermitaño, reconocí algunos tipos más y me vi obligado a creer que *Casa Grande* era un edificio construído con trozos de realidad.

Estas son mis excusas...

Volviendo a los argumentos de usted, confesaré, mi distinguido señor, que ellos me impresionan sin convertirme. Diré de ello lo que Hume dijo de los del obispo y filósofo Berkeley: «Sus razones son sin réplica, pero no me convencen...».

Conocedor de la sociedad santiaguina, usted puede, con un derecho que yo no tengo, calificar la exactitud de las pinturas que de ella trazan nuestros novelistas. Esto admito, así como me complazco en admitir la absoluta sinceridad y altura de miras de sus críticas.

Pero... no me rindo!... En estas materias en que, bien lo queramos o no, impera el subjetivismo, el crítico que se dejó «seducir» por una obra literaria, puede decir a los que no comparten su admiración, lo que Palmerston dijo un día a uno de sus amigos que de repente se le había tornado reacio e inconcencible: «Well, since it is so, we must agree to differ...» (9).

Al concluir expresaré a usted, mi distinguido señor, todo el placer que he experimentado en la lectura de su interesantísima carta.

Considérola como un síntoma y un ejemplo. Sí, en efecto, entre nuestros literatos, algunos, con la preparación y el talento de que hay tan preclaras pruebas en la carta de usted, se dignarán a veces terciar en nuestras discusiones críticas, la li-

(8) En homenaje a la verdad, debo agregar, que el Senador resultó ser «un gros et dur morceau...» y que su «conversión» superó mis escasas fuerzas. Por poco no me convirtió en admirador de su oportunismo. ¡Cosas de antaño...!

(9) Espero que el señor Orrego Luco saldrá, por fin, a campear por su *Casa Grande*... Entonces, sí, sabremos a qué atenernos y leemos algo que merecerá llamarse un alegato «pro domo sua...» (20 de Junio).

(Ya ha visto el lector, en las citas hechas más arriba, que el señor Orrego ha publicado aquel alegato. Es fama de que muchos de sus críticos se han declarado vencidos y convencidos por tan brillante defensa).

teratura nacional ganaría inmensamente. Por desgracia prefieren los más encerrarse, como Vigny, en su «tour d'ivoire...». Quiera Dios que la intervención de usted sea la primera de una larga y valiosa serie!...

Soy de usted, mi distinguido señor (*), Atto. y S. S.

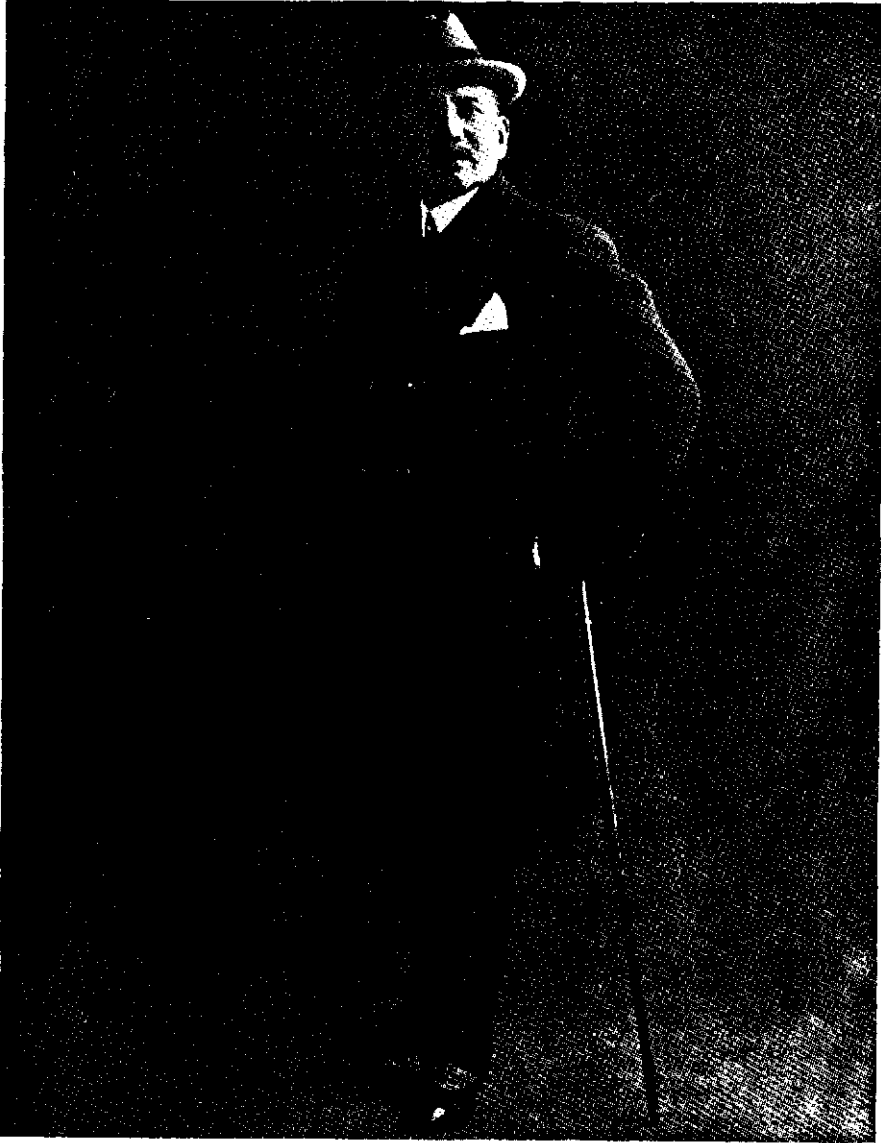
OMER EMETH.

(*) Carta de don Emilio Vaisse al señor Roberto Huneus, quien publicó en «El Mercurio» una, abierta, que contenía ataque a *Casa Grande*. (Junio 20 de 1909).

Los estudios de Omer Emeth sobre *Casa Grande* fueron publicados primeramente en «El Mercurio» de Santiago y reproducidos en el libro *La Vida Literaria en Chile*. (N. de la D.).

Domingo Melfi

**LA NOVELA «CASA GRANDE» Y LA TRANSFORMA-
CION DE LA SOCIEDAD CHILENA**



DON LUIS ORREGO LUCO
(ESTADOS UNIDOS, 1923)

Entre las varias causas de que el drama y la novela no hayan prosperado en Chile, como debieran—escribía en 1888 Miguel Luis Amunátegui en su libro *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*—debe contarse la excesiva gazoñería del país en materia de amor, esto es, del sentimiento que ordinariamente informa esta especie de producciones.

«Nadie puede negar los arrebatos, las delicias y los martirios de esa pasión indomable, pero casi todos quieren echar un velo, sino una mortaja sobre ella, a fin de que no figure en ninguna obra. Nuestra sociedad no tolera la descripción de la belleza física y de la impresión que ella ocasiona, olvidando que la naturaleza es un libro siempre abierto a la vista de todos.

«Dominada por esa pudicia monjil, considera toda página relativa a esta materia vedada, como una lección imperdonable de molicie y corrupción. Siguiendo tales principios, todas las epopeyas clásicas deberían ser colocadas en el índice de los libros prohibidos, hasta que fueran expurgadas de esa ponzoña brindada en copa de oro.

«Yo mismo me he educado en una época en que no se traducía en el Instituto Nacional el libro IV de la *Eneida*, ese libro que arrancaba lágrimas a San Agustín, que don Andrés Bello no se cansaba de releer en su vejez, que Juan Bautista Mauri ha convertido en un poema magnífico con sólo agregarle una introducción».

Continúa Amunátegui analizando la pudibundez de los chilenos a propósito de la lectura de ciertos libros clásicos, reproduciendo fragmentos enteros del canto XIV de la *Ilíada*, que él consideraba poco menos que imposible de ser traducidos para los chilenos, citando piezas dramáticas a las cuales se les suprimía en los Teatros de Santiago escenas completas, demasiado libres para el gusto melindroso de la época, a fin de no turbar la limpidez lacustre de las almas en flor de aquellos espectadores y después de citar muchas otras pruebas de lo

que habría ocurrido si tales piezas literarias fueran conocidas, termina el capítulo de la siguiente manera:

«Yo no pretendo que la literatura sea obscena; no llega a tanto mi impudicia.

«Lo que digo y repito es que existe en el país un pudor tan asustadizo, no sólo en las mujeres, sino también en los hombres maduros y aun en los viejos, que rechazan toda página de amor; un recato tan melindroso que ha llegado a proscribir el libro IV de la *Eneida*.

«Siendo así las cosas, ¿cómo se quiere que el drama germine y florezca en un suelo de cascajo y piedra?»

Con ligeras variantes, esto que Amunátegui anotaba como un fenómeno de timidez de la sociedad chilena en lo referente a libros de amor, podría extenderse a libros de otra índole. El fenómeno—lo iremos separando a medida de la presentación de los aspectos—ha variado muy poco con el transcurso de los años. Los sucesos más intensos de la vida chilena no han sido penetrados por la potencialidad creadora. Un hecho sólo bastaría para demostrarlo. La revolución del 91 carece de novelistas. Si exceptuamos las novelas *La tempestad*, de Luis Orrego Luco y *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, de René Brikles, nada hay que pueda mencionarse como significativo en el estudio novelesco de aquella tragedia. Y no es que esa tragedia política no esté llena de episodios de carácter pasional, vigorosos y de alta tensión dramática, o que no exista una documentación magnífica—la hay de primer orden, con más, los testimonios directos de los sobrevivientes—no; todo ello se encuentra en abundancia y listo para tentar la pluma y la imaginación de los escritores.

Hay en el público chileno, en el escaso público lector, una tendencia irresistible a buscar libros de reconstrucción histórica, libros que evoquen las figuras y los sucesos más bullentes del pasado. Así como ignora la historia documental, escrita con solemnidad y pesadez—sólo los eruditos la conocen—así mismo prefiere los libros en que la fantasía o la imaginación deje allí sus huellas en las páginas, entretenidas o alegres. El éxito de *Durante la reconquista*, de Blest Gana, de las novelas folletinescas de Liborio Briebe, de los episodios tejidos en torno a la figura de Manuel Rodríguez testimonian este gusto innato por los libros en que las virtudes de la raza se

muestran en su gracia, en su socarronería, en su coraje, en su valor, en su astucia y heroísmo. Todo lo que anime la leyenda y la robustezca, lo que sirve para enaltecer el valor frío y sarcástico de la raza, encuentra resonancia inmediata en el corazón de los lectores. De igual modo le agrada el libro varonil, el libro de combate, de crítica, de presentación de las calamidades e injusticias sociales.

La observación de Amunátegui es profunda, si bien él la refirió únicamente, en su contenido más visible, a los libros y dramas de amor. Pero es que aun suponiendo que la hubiera referido sólo a este tema persistente, alrededor del cual se condensa, no obstante, toda la tragedia del ser humano, siempre existe un episodio de amor que constituye el nudo, el fundamento de otros dramas económicos o morales.

Los libros chilenos en los que con más violencia ha penetrado el análisis del autor, en sectores sociales o políticos, para poner de relieve la condición humana o la deleznable condición política, obtuvieron un éxito estruendoso, pero merecieron sus autores la condenación en vida y cuando no la persecución. En el carácter chileno hay una curiosa mezcla de ímpetu y de inercia. Suele protestar de la pasividad del medio ambiente, intenta lanzarse en locas aventuras, pero cuando se decide a emprender el salto, vacila y se contiene en la inmovilidad. Una naturaleza armoniosa ha modelado el carácter a su imagen y semejanza. El cerro le ha dado adustez y recogimiento, los ríos, cierta turbulencia temeraria y el árbol, de mediana talla, una especie de modoso vaivén en las pasiones. Si Amunátegui encontraba monjil la sociedad de su tiempo, es porque él conoció la sociedad más cercana al período colonial. Si bien la emancipación había pasado como una tromba desgajando el árbol centenario, sus raíces no habían sido todas destruídas. Chupaban aún la savia de los siglos muertos de la colonia. Cuando Portales hablaba del «peso de la noche» para significar la pesadumbre inerte de la vida social, lo hacía como un psicólogo de primera mano. Más tarde, otros espíritus más intelectualizados que el del Ministro omnipotente, encontrarían en otras razones la causa de esta extraña contextura moral del chileno. «El chileno está dotado de un espíritu más bien reflexivo que brillante—escribía Pérez Rosales—salvo algunas excepciones; le gusta pensar antes de responder y se deja raras veces sorprender o arrastrar por las ideas deslum-

bradoras, cuyo alcance o conveniencia no puede apreciar». Y muchos años más tarde, casi medio siglo, quizá más, un humorista de los más hondos, Díaz Garcés, al hacer el retrato de un personaje de su novela *La voz del torrente*, escribía: «Jorge era chileno, en eso, en temer con miedo, con terror, al grande, al único amor, al amor profundo, espiritual y leal de las almas».

La novela *Casa Grande*, de Luis Orrego Luco, publicada en 1908—se aparta este libro de la producción frecuente de los escritores y es el primer documento serio para el estudio de nuestra sociedad—provocó la más sorda tempestad que libro alguno haya provocado en Chile. Había sido escrito con valentía, y sin que el autor hiciera en ningún momento concesiones al medio social a que pertenece. Orrego Luco descende de una familia patricia y su entronque con las viejas castas aristocráticas es claro y límpido. No decimos esto para agregar un título más a su personalidad, sino para demostrar, únicamente, el espesor del acto valeroso que significó la publicación de esa novela. Orrego Luco se había formado en la generación de los escritores del Club del Progreso y era un joven, casi un niño, cuando le tocó intervenir en la revolución del 91, en una de cuyas acciones de guerra fué herido en una pierna. La revolución del 91 se había precipitado como una consecuencia de la riqueza derivada de la guerra del 79, con el auge del salitre y todos aquellos componentes sintieron de cerca la influencia profunda del fenómeno económico que debía trastornar, en su médula, la fisonomía de la sociedad chilena. Existía todavía otro factor en la composición de la mentalidad de aquellos escritores—entre los que conviene mencionar algunos, como Bruno Larraín, Manuel Rodríguez Mendoza, Juan N. Espejo, Alfredo Irarrázaval—que se encontraron sumergidos en las luchas doctrinarias de los últimos años de la administración Santa María, contra la influencia de los partidos ultramontanos. Santiago vivió días de agitación y de estruendo en las calles, con motivo de la discusión de las leyes de cementerio laico y matrimonio civil, que fueron las concesiones doctrinarias que el autoritario Santa María, hizo a los partidos liberales que lo acompañaron.

Casa Grande recogió muchos de los clamores y angustias que sobrenadaban en el proceso de la descomposición social. Fué por estas razones rudamente combatida. Presentar los

vicios y debilidades de una sociedad que, en la superficie, aparecía bañada en el suave brillo del esplendor; mostrar el verme que roía, lentamente, las entrañas; las flaquezas y las caídas de muchos de sus miembros, constituía un delito que no podía quedar sin sanción inmediata. El autor fué condenado al aislamiento, se llegó hasta negarle el saludo en la calle y la prensa afecta a los intereses que se creían amagados por el novelista, cayó sin piedad sobre él. Quien repase hoy aquellas páginas, como asimismo los artículos que se escribieron en contra o en favor del libro, encontrará palpitante el conflicto que entonces apareció tan audaz y tan insólito. Comenzaba como hemos dicho, la crisis moral profunda de la sociedad chilena, derivada del auge de la riqueza salitral, de la arremetida de las ideas democráticas, de las nuevas costumbres que ya habían penetrado sin ser tamizadas, en la sociedad, con los modelos de Europa y el novelista no había hecho otra cosa que captar ese instante con una precisión dolorosa y agónica.

«Me llovían los ataques, en pos de las alabanzas—escribió por aquellos días, en Julio de 1909, el propio autor, en defensa de su novela y de sí mismo—me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes y sentía en la atmósfera los signos que anuncian escenas tempestuosas. . . Cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía cerca de mí la angustia del que se ve desconocido, no faltaron personas respetables que me detuvieron en la calle, con palabras de aliento, a darme un apretón de manos». «Ayudaban a la acción perturbadora—escribe más adelante el autor en su interesante documento—la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas frases y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente. Al reproducirlos, como elementos artísticos de verdad, quedé lejos de lo que hacen los grandes escritores, no sólo en la factura misma, sino en la completa reproducción de los modelos. Daudet, en *Nouma Roumestan*, pintó a Gambetta; en el Duque de Mora, al Duque de Morny; en Felicia Ruiz a Sara Bernhardt; en Monpavon, al Marqués de Massa. Benjamín Disraeli ha pintado en sus novelas a Peel, a Lord Grey, a Palmerston, a Lady Androvale y a casi toda la sociedad inglesa de su tiempo. Thakeray hizo lo mismo en sus novelas. Acaba de hacerlo María Corelli en otra novela ruidosa, como el Padre Coloma en *Pequeñeces*. Lo mismo hizo Guy de Maupassant y también Paul Bourget. En el baile dado en Cannes, por la

princesa de un *Un idilio trágico*, aparecen, entre otros personajes claramente pintados, el coronel Marchand, explorador africano y el propio Guy de Maupassant».

«Bastaron algunos perfiles verdaderos y algunas escenas reales para dar a *Casa Grande* tal vibración de vida que muchos creyeron ver cosas que yo no había pintado y la maledicencia completó la obra de perturbación horrible y para mí desesperante. Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social; cuando todos se creían aludidos, dando nombres a personas a quienes no conozco de vista y hasta cuya existencia ignoraba, pues era de moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocían en absoluto mis propósitos y mis ideas, cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa...».

Orrego Luco citaba en su abono, como defensa de su realismo descriptivo, una serie de autores y libros europeos, en los cuales podía encontrarse idéntica noción estricta del novelador. Los personajes que más habían sobrecogido su pupila y su sensibilidad de novelista quedaron allí captados para ser puestos vivos en las páginas de su novela. No existía en Chile otro precedente y quizá en América y, por lo tanto, el novelista hubo de recordar libros europeos para encontrar la confirmación de su tesis. La sociedad chilena ha tolerado pocas veces esta incursión en sus dominios privados. Pero es preciso convenir en que si el autor necesita personajes, debe buscarlos en el medio que le es más conocido, más familiar. Si los pinta con recargo de subrayado se le acusa de querer poner en ridículo a una porción de la sociedad y si no pinta a los seres de acuerdo con una noción más o menos auténtica de la realidad, se le moteja de hacer burla a esta realidad y de no saber componer un solo tipo con mediano talento.

Por los mismos años en que ocurría a Orrego Luco el percance que se conoce, otro novelista que vivía en una provincia, Francisco Hederra, dió a la estampa una novela, *El tapete verde*, que causó en la ciudad en que se había publicado y en el medio social que el novelista pintaba, escenas más o menos parecidas. Reducida la novela a proporciones menores, por lo limitado del área social, provocó, sin embargo, el mismo fenómeno de rechazo y violencia contra el autor. Se formaron bandos como en la capital en favor y en contra del novelista.

Unos criticaron acerbamente la pintura que allí se hacía de la sociedad talquina y otros defendieron la valentía del escritor para describir, con desnuda claridad, los vicios y debilidades de una parte de aquella sociedad. Se llegó hasta hacer un homenaje público, en un banquete, a un crítico improvisado, representante del sector social ofendido, que había analizado en una serie de artículos en la prensa, la para él falsa y nociva tesis de *El tapete verde*.

Existen autores para los cuales la realidad es un mero espectáculo estético y otros para los que la realidad es una fuente inagotable, de la que pueden extraer hondos y trágicos problemas. Hay mentalidades que no vibran con las injusticias y otras que sienten en lo profundo los desgarramientos que ellas provocan en la sensibilidad de los hombres.

La literatura chilena—la literatura novelesca—ha carecido de tumulto humano. Es probable que la observación de Amunátegui haya tenido como aproximación este fundamento.

Y es curioso que la haya formulado en aquellos años todavía patriarcales de la sociedad chilena. La timidez debió chocar demasiado a su temperamento, tímido por lo demás, según han dicho sus biógrafos. Los conflictos de aquel tiempo, eran casi todos de carácter político o doctrinario y las costumbres aun no habían sido rudamente sacudidas por la infiltración de las corrientes europeas. Si el libro europeo tenía abiertas las aduanas para entrar en la vida privada de los santiaguinos, no lograba aún modificar el cauce de la vida tradicional. La riqueza estaba poco difundida y la educación de las mujeres era severa y conventual. La mujer tenía sobre la sociedad el rango de una reina indiscutida. Era la madre que no se atrevía nadie a tocar y era asimismo la hermana que debía ser mantenida como una virgen en un fanal. Un divorcio, una aventura o el desliz de una dama, hubieran causado un trastorno con caracteres de catástrofe, y la sociedad entera se habría apresurado a ocultar tales tragedias. Existieron, sin duda, en el seno de la sociedad, pero fueron prontamente acalladas. La publicidad era menos audaz y menos procaz y los hombres temían a aquella diosa que ordenaba y regía la vida desde el centro de los hogares. Se mostraba en las ceremonias y fiestas públicas adornada con todos los atributos de la riqueza o de la modestia según el temperamento, pero en ella palpitaba siempre un halo

como de madona. Terminada la fiesta o los bailes en los cuales brillaba, tanto por su belleza como por su estirpe, se recluía de nuevo en su hogar, al cual sólo la amistad tenía acceso franco.

Esta existencia ceremoniosa y severa, este alto prestigio hermético de la mujer, ésta como actitud inexpresada de sacrificio voluntario, originaron en la vida amorosa un enclaustramiento de las pasiones. Pudiera decirse que la congoja sexual que no se exterioriza, que acalla sus vehemencias y las adormece, para hacerlas invisibles al ojo que observa, constituye, en cierto modo, la forma de la opresión espiritual y cuyo proceso muchos toman por timidez y en ocasiones por helada indiferencia. Los conflictos, si los hubo, quedaron atenuados en el fondo de las casas; las ansias y nostalgias de amor dieron ocasión para que los temperamentos sensibles que las padecían, callaran obstinadamente y sólo repitieran sobre sí mismas, la canción romántica, inextinguible, del amor contrariado. Una sociedad propensa al hermetismo sexual, no podía producir heroínas sino por excepción y la literatura novelesca de Chile, carece de psicólogos del amor. Casi todas las mujeres que jalonan su proceso novelesco son representativas de un tipo único que no se extralimita ni salta, sino por excepción, la valla que la sociedad fija como frontera a sus expansiones. Esos tipos de mujeres, rotundos y llenos de carácter, vibrantes de pasión y colorido espiritual, ágiles y vivos en la pasión, no se dan sino en raras oportunidades y sólo por aproximación en nuestra literatura.

Se ven todavía en las pinturas y en los retratos de 1880, en las escenas familiares, esas matronas vestidas con sencillez, rodeadas de sus hijos como de una parvada de polluelos, modestamente altivas, firmes, como si tuvieran la conciencia de ser ellas el puntal verdadero de la familia y no el varón, que suele estar a un lado, medio cohibido por la sombra protectora de la mujer. Esta mujer es la misma que se verá durante el verano, en las faenas complicadas de la hacienda, manejando a los peones y a las sirvientas y más tarde, en el invierno, presidiendo en el salón de la casa, en la capital, bajo la égida de los gloriosos antepasados que se yerguen en los retratos pintados al óleo, las reuniones de parientes y amigos. También se la verá más tarde en los palcos de la ópera, suntuosa, con sus pendientes y broches de brillantes, con sus abanicos de plumas,

observando a través de los gemelos, el aire de las otras, la compostura de las otras, la elegancia de las otras... Las hijas están allí, respetuosas, sin moverse del lado de la madre. Desde los ángulos de la sala o de los pasillos, los galanes observan con sus anteojos, sin atreverse a mucho... a las hijas jóvenes, con las cuales mañana retoñará el vínculo familiar, en una unión nueva y se proyectará la familia en las hijas de aquellas madres... hasta que sobrevengan los síntomas penosos de la crisis, los latidos profundos e invisibles de la nueva vida que avanza lenta y trágica, junto con la ostentación y el vértigo del lujo y del placer, entre las grandes fortunas del salitre y las grandes especulaciones afortunadas de los nuevos ricos... La hora en que Orrego Luco saldrá con su pluma a esperar y aprisionar aquellas dolorosas escenas de flaquezas y debilidades, odios y pasiones, vértigos y caídas con las cuales amasará la palpitante levadura de su libro.

Es importante hacer notar que el problema fundamental de la mayor parte de los novelistas chilenos, posteriores a 1900, ha consistido en el estudio de un tipo de la clase media que asciende hasta la aristocracia por medio del amor o del dinero. La iniciación de este tema, se debe a Blest Gana con su novela *Martín Rivas*. Tras él, con intervalo de años, surgen muchos otros escritores que abordan idéntico problema, olvidando que las circunstancias que dieron vida al héroe blest-ganiano, son diversas a las en que ellos colocaron a sus personajes. Citamos ya en otro capítulo los libros representativos. La sociedad de tiempos de Martín Rivas, mediados del siglo XIX, era muy otra de la sociedad de 1900 o posterior a esa fecha, sacudida ya por los signos espasmódicos de la crisis económica. Se habían transformado las costumbres y habían ocurrido fenómenos sociales que no conocieron los hombres de 1850. La clase media apenas existía en aquellos años y sólo grupos de grandes familias terratenientes o una aristocracia de agricultores, daba el tono a la sociedad y al gobierno. Cuando el hijo de un mayordomo, de administrador de minas, demostraba poseer aptitudes e inteligencia, carácter y tenacidad para el estudio, el hombre patriarcal que era el antiguo señor, lo ayudaba en la formación de su educación. Pagaba de este modo viejas deudas de lealtad y de sacrificio en el hijo del padre que se había esmerado en servir a sus amos. Pero este

tipo de hombre, no formaba, como medio siglo más tarde, en las huestes de una clase entera que había aumentado y surgido a la vida de la sociabilidad, después de la guerra del 79, con el crecimiento de las ideas democráticas y la formación de los partidos políticos de estirpe popular. Por lo tanto, los novelistas que abordaron el asunto, conforme a la idea blestganiana, no hicieron sino tergiversar los términos del problema.

¿No había acaso otros problemas en la vida chilena? ¿No había otras inquietudes, otras contradicciones que las que sólo podían derivar del conflicto entre un hombre de origen modesto y una mujer de ilustre apellido? La ciudad en crecimiento, la propia clase media, el pueblo, ¿no tenían acaso sus problemas propios, sus penurias y sus miserias, sus heroísmos callados, sus derrotas, sus características esenciales? ¿Las mujeres de la clase media, nada valían para esos héroes con repuntes de arribistas, que sólo parecían tener ojos y pensamientos para las niñas aristocráticas de la capital? Este romanticismo pernicioso era, en resumen, una demostración más de la inestabilidad de esta clase media chilena que nunca ha tenido conciencia de clase y en ningún momento ha sabido mantener la unidad y la coordinación entre sus miembros. Mientras la novela hacía la apología del héroe modesto y lo llevaba por sucesivas gradaciones hasta el triunfo, la vida real aparecía en absoluto diversa al modelo previsto por los autores. Fueron mucho más hondas las contiendas en la vida diaria, que en el dominio de la novela. Contratiempos, humillaciones y desdenes, jalonaron de burlas el camino del hombre que había puesto sus ojos en una niña de superior clase social. La aristocracia, mientras fué dueña exclusiva del poder y de la tierra, que viene a ser lo mismo, defendió en sus mujeres el derecho de no mezclarse con hombres que no fueran de su clase. Si algunos elementos de clase media, en las provincias especialmente, penetraron por el matrimonio en la aristocracia lugareña, ellos constituyeron excepciones. La regla era otra. Y esta regla demuestra que el romanticismo nunca ha sido entre nosotros artículo de uso común.

La fantasía novelesca adobó con escenas de un marcado acento cursi, estos idilios entre una mujer aristocrática y el oscuro descendiente de los mayordomos de las haciendas o de los artesanos enriquecidos de las ciudades.

Tan profundas han sido las diferencias de clima, de tem-

peratura, de costumbres entre una clase social y otra, que son infinitos los casos reales en los cuales la repulsión fué la nota dominante en el desenlace amoroso. El «siútico» de la clase media se ganó siempre todas las burlas y fué zaherido, aun en los hombres superiores que alcanzaron grandes situaciones políticas o económicas. Siempre que se podía o venía a cuento, se le recordaba la marca del origen modesto; el antepasado sin abolengos, como si esto fuera un infamante delito. Sólo más tarde, pasados algunos lustros de la iniciación del siglo actual, cuando se produjeron los síntomas trágicos de la crisis social y económica que irritó la nueva conciencia de la post-guerra, con la quiebra consiguiente de muchas fortunas, vino a tener sentido distinto, esta arremetida de una clase social tenida por inferior en otra más alta.

La importancia honda de la novela *Casa Grande* descansa no sólo en esta innovación del tema, sino en la realización psicológica de su contenido, en el estudio magnífico de las costumbres y especialmente en la actitud de echar la sonda que el novelista adopta con relación a la descomposición aristocrática en Chile. En nuestro país, como en otros de América, la aristocracia mantuvo el vigor de su potencialidad económica y, por lo tanto, la pureza de la familia, mientras conservó el predominio sobre el resto de la sociedad. Mientras fué poder y pudo determinar con su riqueza la orientación política, nada escapó a su influencia. Fué orientadora en el sentido social, puesto que tuvo en su mano los resortes esenciales de la vida general. Cuando el torrente de riquezas derivado de las explotaciones salitreras afortunadas de fines de siglo y comienzos del actual, penetró en la sociedad santiaguina, inmediatamente se vieron surgir a los nuevos ricos, a los aventureros de la política, a los especuladores de la Bolsa, a una banda, en fin, de parásitos y oportunistas sin escrúpulos, para los cuales sólo el dinero tenía valor decisivo. El factor de las luchas democráticas comenzaba también a perfilarse en la vida pública. Surgían tímidos y como entorpecidos por la audacia, los nuevos elementos que iban a participar en las luchas electorales y a entrar a un parlamento, en el que había dominado siempre la aristocracia y para lo cual ahora sólo se exigía dinero y riesgo.

Existen otros elementos que colaboran en esa gran crisis que sobreviene después de la revolución del 91 y que de un

modo tan nítido y tan certero se oye palpar en las páginas de la novela de Orrego Luco. Aparecieron nuevas formas de vida, se erigió en sistema la ostentación y el placer; las grandes fortunas debían alimentar la insaciable codicia de hombres y mujeres que no pensaban en otra cosa que gozar de todo cuanto la existencia les ofrecía de inesperado y de sorpresivo. Las temerarias jugadas de la Bolsa arruinaban a viejas familias que por espacio de muchos años habían hecho sentir la influencia en la vida política y social del país. Surgían otras en el escenario, ansiosas de eclipsar a las que un golpe de la adversidad había arrojado a la quiebra. En la política, los partidos conservadores vieron perdida su línea de prestigio. Pero la democracia apenas organizada o enteramente dispersa, no podía recoger aquella herencia de mando de los partidos pelucos y el advenimiento de familias plutocráticas y de políticos de escasa responsabilidad moral, sin tradición alguna, sin haber servido jamás al país, produjeron un desconcierto profundo en la sociabilidad. Sobre ella comenzó a florecer la orla, apenas visible aun, del cinismo político y moral, por medio del que no sólo se negocia con lo más noble de la personalidad humana, la dignidad, sino se destroza impunemente toda virtud, y la mujer, falta del respeto que la sociedad le debe, rueda insensiblemente por la pendiente del vicio.

«La sociedad entera—escribe Orrego Luco—se sentía arrasada por el vértigo del dinero, por la ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente. Las preocupaciones sentimentales, el amor, el ensueño, el deseo, desaparecían barridos por el viento positivo y frío de la voracidad y del sensualismo».

En los años en que Orrego Luco desenvuelve el tema familiar que forma el nudo de su novela, se iniciaba en Chile la fiebre de negocios de 1905, uno de los más extraños fenómenos morales para los historiadores futuros y cuya repercusión alteró por largos años la estabilidad económica del país.

Se encontraban ya pronto los fondos para la conversión metálica—sintetizamos las observaciones del autor acerca de este tópico de la vida chilena—y los bancos tenían repletas sus cajas con este objeto; pero todos temían esa operación financiera, a pesar de que el cambio internacional se encontraba muy cerca de la par. Hubo un Ministro de Hacienda que diciéndose partidario del oro, postergó la conversión y arrojó cuarenta millones más de papel al mercado. Los hombres de negocios

comprendieron que el descenso del cambio venía, teniendo que subir considerablemente la cotización bursátil de los valores y acciones con base de oro. Los bancos, en cuyas cajas se desbordaba inútil su propio dinero y el depósito del Fisco, abrieron la mano a todo el mundo, se echaron a la calle a ofrecerlo... Vino entonces el alza afebrada, repentina, enorme; las acciones subían diez puntos en una rueda. Todos compraban y vendían acciones exigibles, sin tenerlas a mano y sin garantías de ninguna especie. La Bolsa se había transformado en una gigantesca mesa, en la cual todos jugaban, por el momento, al alza y como las acciones subían y subían sin término, se fundaron sociedades nuevas a millares, cotizándose con premios sus acciones antes de ser lanzadas. Se vendían acciones de sociedades por formarse y de sociedades que nunca llegaron a constituirse.

Continuando en su síntesis el novelista, para fijar el cuadro dentro del cual se movía la sociedad de aquellos días, cuadro de irreflexiva inconciencia, añade:

Todos querían ser ricos de golpe, sin trabajo, sin sacrificio de ningún género. Ahí estaban las tres o cuatro fortunas de salitreros y mineros improvisados, exhibiéndose insolentemente, haciendo sonar las trompetas de sus automóviles, derramando el champaña a torrentes, tirando el dinero a manos llenas, por la ventana. La sociedad de mejor tono se inclinaba ante esos aventureros averiados, que no habían dejado fechorías por hacer en Antofagasta, falsificando títulos, raspando registros notariales, inventando nombres, resucitando muertos, improvisando familias a los difuntos. Se les invitaba a su mesa con orgullo, se les franqueaban los salones orgullosamente cerrados, hacía poco, a la entrada de elementos de tan poca solvencia moral. El dinero, la fortuna rápidamente ganada se había convertido en la varilla mágica para la sociedad, que tan pronto olvidaba sus deberes y tradiciones.

Muchos títulos eran legítimos, algunos negocios honorables, no faltaban los de buena fe, pero la sociedad los confundía, concediendo igual aceptación y prestigio a los serios como a los malos, pues los aventureros tenían buen cuidado de poner en los directorios de sus empresas a las personalidades más honradas y conocidas, por aquello de que el pabellón cubre la mercadería. Y los hombres de buena fe hacían con ánimo ligero el negocio de los pillos en el marco del oro y de la fortuna, sedu-

cidos al final de un banquete o por el entusiasmo de un hijo a quien se hacía gerente o a quien se entregaban acciones liberadas.

En la fiebre de los negocios, todos se lanzaban a la calle de la Bandera—la calle célebre de aquel tiempo en los negocios, pues allí estaba instalada la Bolsa—repleta de gente, de rostros ávidos y congestionados, de individuos que manoteaban y gritaban, salidos muchos de no se sabía dónde. «Le apunto doscientas acciones de la COLORADA—gritaban unos—salitre, ganaderas, ¿qué cosa...?». «No pregunte, apúntelas»—contestaban. Dos horas después, las acciones, aun no firmada la escritura, tenían ya diez puntos de premio.

Y así seguía la fiebre de la especulación y de la aventura, sacudiendo a la población entera, como sobrecogida de un vértigo. Hasta las mujeres se habían entregado a la especulación, desenfrenadamente. Repetíanse anécdotas, de boca en boca, de millonarios improvisados. «Zutano está inmensamente rico con una negociación sobre azúcar de Viña del Mar; compró a 25 y están a 130...». «Mengano se va a Europa, pues ya no sabe qué hacerse con la plata...». Se hablaba de un abogado que acababa de invertir trescientos mil pesos en un chalet de campo; otro personaje había regalado setenta mil pesos a una bailarina de ópera. Las señoras se echaban al cuerpo todo cuanto «pillaban» en tiendas: vestidos, encajes, sedas, collares de perlas. A una niña de ocho años le habían comprado un collar de doce mil pesos. Se abrían cuentas en todos los almacenes y tiendas lujosas de la capital, gastando todos sin taza ni medida. Todos se sentían arrastrados por el vértigo del dinero. Se hablaba de la famosa fábrica de adoquines de aire comprimido con un capital de dos millones de libras esterlinas suscritas y una primera cuota de diez chelines por acción pagada. Las sociedades más absurdas y descabelladas se llenaban prontamente de accionistas.

Todo sentimiento espiritual cayó vencido y triturado entre los dientes de esta obsesión frenética de poseer dinero a toda costa y a cualquier precio. Las tradiciones más respetables dieron paso a los arribismos insolentes.

Se llegó a abrir calle para que penetrase al Club de la Unión—en aquellos años herméticamente cerrado al que no tuviera abolengos fina y auténticamente reconocidos—como si

fuera un soberano, al famoso «Pacheco», individuo de reputación dudosa, al que nadie hubiera dado la mano seis meses antes, y súbitamente enriquecido ahora con la compra de títulos salitreros a vil precio, hecha de primera mano a familias que se hallaban en la miseria, dándoles quinientos pesos por lo que había revendido en diez mil libras.

Los resortes morales se vencieron, aflojando su firmeza aquella estructura sobria que había sido uno de los fundamentos más sólidos de la sociedad santiaguina. Las consecuencias sociales de esas crisis fueron incalculables, produciéndose la ruina de muchas de las más antiguas familias que, como hemos dicho anteriormente, hicieron sentir durante muchos años su influencia incontrastable en la vida política del país. Otros elementos plutocráticos, entraron a influir en las decisiones de la sociedad. Un desenfreno sensual, un apetito insaciable de goces y el asomo pavoroso del cinismo político, fueron las resultantes de aquella conmoción económica suscitada por los especuladores y por la afluencia torrencial del oro que venía de las opulentas negociaciones salitreras. Grandes fortunas pasaron a manos de los nuevos potentados de la riqueza adquirida en desenfrenadas especulaciones y juegos de Bolsa. Los herederos de las antiguas familias aristocráticas que habían formado la República, se entregaron al ocio y a la disipación. Incapaces de sostener el vigor de los antepasados, debilitados por la pobreza, por la angustiosa contradicción de tener que mantener un rango sin apoyo en una riqueza efectiva, cercados por los compromisos que cada vez se volvían más imperiosos, rodaron en la inercia y en el abandono y fueron vencidos por los nuevos ricos, por los nuevos brotes de esas familias desconocidas que entraban a alternar o a convivir con los rancios grupos aristocráticos. Por lo menos la política y la acción del parlamento, nivelaba los intereses y las ambiciones de todos.

Orrego Luco hizo la pintura descarnada, sutilmente cruel, sin propósito deliberado de crueldad, de aquella sociedad, en la vida de un heredero de ilustre prosapia colonial—Angel Heredia—que sucumbe empujado por la avalancha de la especulación y la carencia de escrúpulos, y es incapaz de sostener el lustre de su casa. A su vez la mujer—Gabriela Sandoval—heredera de un gran nombre, nacida en un hogar de firmes raíces de honestidad, cae igualmente en el vértigo ostentoso y falso que envuelve como en una ráfaga ardiente, a la sociedad

toda y precipita su vida en los abismos de la culpabilidad. En torno a esta pareja central, en la que el novelista ha querido simbolizar las virtudes y defectos, heredados y adquiridos de la sociedad de su tiempo, se mueven innumerables personajes típicos del medio santiaguino, hombres y mujeres, cogidos unos por la ambición del lujo, por el cinismo otros, azuzados por deseos frenéticos de figuración y de orgullo, de angustia sexual y de implacable desdén por las excelencias superiores del espíritu. Cuadros pintados con abundancia de detalles de la vida santiaguina, escenas y costumbres hoy desaparecidas, subrayan la acción de estos elementos humanos y comunican a la novela, un acento de realidad y de apasionante interés.

La furia con que la sociedad por intermedio de algunos hombres de pluma—hubo, como siempre, algunos de la clase media que tomaron la defensa de la aristocracia herida en su orgullo—respondió a la publicación de esta novela, revela que no fueron sólo los católicos los que protestaron por la tesis del divorcio que se presumía había sido o era la base de la preocupación del autor, sino otros sectores, a causa de la revelación al desnudo de una crisis moral que se iniciaba, desconcertante y dura y que sólo el futuro iba a verificar plenamente, en las alternativas y dolores, que más tarde se desencadenaron sobre el país.

Las proyecciones de esta novela, publicada en 1908, fueron muy hondas. No hay pusilanimidad en ella, ni temor al medio, puesto que el autor lo afrontó con decisión, y tampoco la cobardía habitual, para considerar los sucesos sociales y políticos en su más doloroso alcance. Se había producido por aquellos años, un suceso trágico en nuestra sociedad. Pues bien, se creyó ver en *Casa Grande* una pintura de aquel suceso. Todo ello era falso.

El personaje central de la novela, Angel Heredia, trabajado por sutiles taras degenerativas, sucesor de un gran nombre, fué, sin duda, compuesto por el novelista tomando el modelo de muchos otros, superponiendo fragmentos de uno en otro. Terminaba, después de desencadenar catástrofes en su hogar—el asesinato de su propia mujer—y en su espíritu, huyendo de sí mismo y desapareciendo en la noche camino del suicidio. Este final conmovió a la sociedad, porque, misteriosamente, como si fuera un anuncio de males mayores, esa sociedad había comprendido, en la voluntad del novelista, que tal

desenlace bien podía ser el de una agrupación humana que no supiera ser fiel a las tradiciones de la dignidad y del decoro y se dejaba arrastrar por el torrente impetuoso hacia un final trágico. En Angel Heredia, había la queja y la agonía de una sociedad que había comenzado a dar una importancia capital al dinero y a los placeres y para la cual sólo el goce que proporciona el oro, aunque sea logrado en las especulaciones más desenfrenadas, y por los medios más censurables, podía ser la norma de vida. Un frío y áspero egoísmo individual, movía esos muñecos creados por el novelista con reflejos exactos y profundos de la vida misma que les rodeaba.

Orrego Luco es un observador minucioso y detallista, persuasivo y plástico. Pues bien, algunos reparos, que son exactos, se le hicieron multiplicándolos hasta lo increíble. Se le acusó de haber tomado Bourget como modelo para sus engendros psicológicos. Bourget estaba entonces de moda y bien podía haber ocurrido que el autor sintiera en su naturaleza de escritor esta influencia. Nada tiene de grave. La estructura de los personajes y los cuadros de costumbres son enteramente chilenos.

«Creo que antes de muchos años—afirmaba el crítico más difundido entonces en Chile, Omer Emeth, al terminar su juicio sobre *Casa Grande*—este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900-1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es *Casa Grande*.

No se equivocó Omer Emeth. No se equivocó como los demás críticos, improvisados o no, que juzgaron la obra, poniendo unos, su pasión de clase o su arribismo y los otros su cortedad de vista para abarcar la profunda palpitación humana de sus páginas. El sacudimiento que produjo la novela fué la mejor confirmación de la extraordinaria veracidad de su tema. Más tarde, otros escritores deberían continuar el ímpetu de Orrego Luco, llevando hacia otros campos el análisis de las arbitrariedades y defectos de la vida chilena. Uno o dos años más tarde, Alejandro Venegas, daba a la publicidad su formidable requisitoria, *Sinceridad*, grito perdido en el desierto de la indiferencia chilena y en el cual se hacía el examen crítico más certero y profundo de los vicios y rémoras de la realidad política, administrativa, educacional y social de Chile. Venegas

fué, igualmente, perseguido y acorralado. Tuvo escasos defensores y, finalmente, cuando pudo lograr su jubilación como maestro,—había sido profesor en distintos liceos de la República—se confinó voluntariamente en un pueblecito cercano a Santiago, Maipú, y allí, en un pequeño almacén con el cual se ayudaba a vivir, murió pobre y olvidado.

Fué distinto el destino de *Casa Grande*. La novela alcanzó una difusión extraordinaria en todos los medios sociales y *Sinceridad* sólo circuló entre el elemento que más directamente afectado se sentía con la aguda y penetrante observación del polemista: políticos, funcionarios de la administración, hombres públicos, maestros, etc. Pero en éste, como en la novela de Orrego Luco, podía palpase, como en un cuadro nítido, toda la carcoma que roía las entrañas de la sociabilidad chilena. El frío y triste materialismo de las sociedades que entregan toda su energía a la persecución obstinada de la riqueza, con olvido absoluto de toda vibración espiritual honda, para hacer de esta riqueza elemento de ostentación, de lujo y de placeres, se revelaba en esos dos libros con inquietante dramatismo.

La línea de Blest Gana, en la novela costumbrista, de la que se dice deriva Orrego Luco, fué alterada por este psicólogo, que aspiraba a encerrar en un ciclo de novelas la evolución de la sociedad chilena, en las más diversas modalidades de su transformación. Blest Gana fué el novelador de las costumbres semi-coloniales de la sociedad; aprisionó los primeros latidos de una República libre, que aún se debatía entre las sombras del pasado. La alegría de su creación, arranca de la simplicidad misma de la vida chilena, apenas sobresaltada por las luchas democráticas que se insinuaban, tímidas y contenidas, en los días en que el autor vivía en Chile. Una economía rudimentaria, una administración en formación y una sociedad sobria y penetrada de sus deberes impregnan el ritmo de las novelas blestgianas. Cuando Orrego Luco inicia con su novela *Un idilio nuevo*, el estudio de las costumbres de la sociedad chilena, después de la revolución del 91, los síntomas profundos de la crisis moral están ya visibles. Se han producido terribles sucesos en la historia patria. Una guerra exterior, victoriosa, acumula sobre la mentalidad social los gérmenes de la ambición sin freno. El caudal de oro que se vacía desde las salitreras hacia la capital, interrumpe el contenido austero de la vida. Aque-

lla riqueza colosal, que podía y debió ser un signo de prosperidad general, no lo fué sino para determinados elementos. Ninguna gran empresa de cultura o de amor a la raza, jalonan el proceso de los gobiernos que se sirven de aquella riqueza. La creación de grandes fortunas nuevas, como ya se ha dicho, determinó quiebras y bancarrotas sociales en los cuadros antiguos de las viejas familias, menos aptas para la especulación y el desenfreno que las de más reciente formación. La entrada triunfante de los aventureros en la política, en el parlamento y en las diversas funciones de la administración modificó, igualmente, aquella primitiva sobriedad. En la revolución del año 1891, contra Balmaceda, existen ya, en potencia, los fermentos de esa lucha entre elementos aristocráticos y plutocráticos que aspiran a manejar, por distintos sistemas políticos, el caudal de aquella formidable riqueza salitrera. Las ideas democráticas han hecho, entretanto, un impetuoso camino e intervienen a su vez en todos los aspectos de la vida, exasperando el orgullo altanero de la aristocracia. Se ha complicado el cuadro general de la sociedad chilena y el novelista está obligado a trabajar sobre elementos que no conocieron los escritores de mediados del siglo.

Sin embargo, el propio Blest Gana, que había abandonado el país y vivía en Francia, desde hacía años, sirviendo un cargo diplomático, se dió cuenta exacta de la terrible transformación sufrida por la sociedad de su país y trató de fijarla en el cuadro melancólico, surcado de pesimismo, de su novela *Los transplantados*, en la que con el pretexto de estudiar la existencia de los sudamericanos en París, que llevaban vida de derroche y disipación, analizó crudamente la lejana vida de Chile, a través de la psicología de un criollo derrochador, ostentoso y vacío totalmente de vida espiritual intensa.

(*Estudios Literarios*).

Arturo Alessandri Palma

P L A Y A N E G R A



DON LUIS ORREGO LUGO
(ROMA, 1892)

Santiago, 6 de Enero de 1948.

Señor
Don Luis Orrego Luco
Presente.

Mi viejo y querido amigo:

En este momento cierro la última página de su interesantísimo libro *Playa Negra (Escenas de la Vida en Chile)*.

Me ha hecho pasar instantes deliciosos. Lo felicito entusiasmado y con mucha sinceridad, pidiéndole sólo que se reconozca deudor de algunas horas de sueño, debido a que el libro me tomó en tal forma, que fué imposible cerrarlo antes de saborear hasta su última palabra.

Sabe Ud. que no soy crítico. Ignoro en absoluto las reglas de aquella profesión y su técnica; pero, como un modesto lector, considero que el arte, en todas sus manifestaciones y variedades, merece el nombre de tal siempre que atraiga y produzca emoción y deleite al espíritu o los sentidos.

Su bellísima novela, escrita con tanta sencillez, sin imitación, e irradiando vigorosa chilenidad, cumple, a mi modesto juicio, con todos los requisitos y, por eso, la admiro sinceramente y la aplaudo con entusiasmo.

Sus descripciones son completas y magníficas. El río Maule, con las alternativas del curso de sus aguas, se ve en sus descripciones tal como si lo observáramos desde sus orillas. Nos hacemos la ilusión de sentir el ruido de la corriente nerviosa, seguida de los remansos profundos e inmensos, luciendo siempre sus aguas limpias y cristalinas que, como en claro espejo, reproducen la imagen radiante de los bosques seculares que, cual centinelas permanentes, cuidan y resguardan el hermoso caudal de aquellas aguas eternas.

Al leer la descripción que Ud. hace de la invencible y por-

fiada Barra, nos hace sentir el estruendo vigoroso de la corriente del río contra la porfiada resistencia del mar con sus olas, como si aquel elemento orgulloso de su poder, quisiera hacer resaltar que nadie entra en sus dominios sin su permiso y consentimiento. El lector parece sentir el estrépito de las rompientes de la Barra del Maule.

Tan magníficas descripciones, me hacen recordar a Blasco Ibáñez que, con el fuego de sus palabras y el vigor inimitable de su imaginación, insistía en que el escritor o el novelista, para merecer el nombre de tal, al escribir debía ser preciso y minucioso, dando la perfecta impresión de la realidad.

Como si fuera hoy, me parece estar oyendo en una conferencia, a Blasco Ibáñez, cuando, fundamentando su tesis y por vía de ejemplo, decía que, al describirse una Fonda mal tenida, era menester dejar constancia hasta de la imagen de las manos de los bebedores estampadas en el polvo acumulado en el mostrador por falta de aseo.

Ha cumplido Ud. ampliamente con los consejos de Blasco Ibáñez, gran escritor y novelista insuperado.

Sus descripciones son magníficas e impresionantes.

Dentro del hermoso cuadro de aquel rincón poético de Chile que rodea la desembocadura del Maule, donde la naturaleza ha agrupado bellezas de todo orden, pletóricas de majestad, anota Ud. sucesos, tipos y caracteres humanos y costumbres, que nos hacen vivir una época social de Chile y la de una región que ha dado para el país hombres superiores en todos los ramos de la colectividad nacional.

Cuando mis hijos eran pequeños, pasé en Constitución con mi esposa y ellos, muchos veranos que han dejado en mi espíritu huellas imborrables de afecto y admiración por las maravillas de una naturaleza privilegiada por sus grandezas. Viajando en Europa, en la deliciosa compañía de mi santa esposa y de algunos de mis hijos, por las riveras del Rhin, rumbo a Colonia, recordamos con orgullo y emocionados que, si aquel gran río producía admiración por los recuerdos históricos que testimoniaban los Castillos de sus riveras y el inmenso poderío comercial que se desliza por sus aguas, nuestro lejano Maule lo sobrepasaba en cuanto a sus bellezas naturales.

Al leer y saborear su libro, reviven en mi espíritu emociones y recuerdos imborrables, constituyéndome ellos en juez abonado para apreciar mejor la realidad y verdad de sus apre-

ciaciones y juicios por lo que respecta al ambiente y a la vida y costumbres de los habitantes de aquella privilegiada región.

La mañana del día festivo en que todos los pueblinos van y vienen jadeantes y precipitados para alcanzar la misa, sus actitudes, comentarios y conversaciones, los presenta Ud. como un cuadro exacto de verdad y realidad.

Doña Catita, el primer tipo que aparece, viuda de un Cónsul inglés, cuyo recuerdo y situación social ella conserva intacto, es un exponente clásico de realidad que se capta la admiración del lector, compartiendo con ella su inmenso dolor, cuando con motivo de un terremoto, que rompe la división secreta de un mueble, en donde jamás había urgado doña Catita, descubre una correspondencia amorosa del reservado, frío y flemático Cónsul inglés, con la más íntima de sus amigas. Fué aquél para Catita un terremoto en su alma, más formidable y de mayores trascendencias, que aquel que agrietó las murallas de su casa y produjo desperfectos en su vivienda. Desgraciadamente, ese acto humano y posible, como no es extraño ocurra en la vida, contiene una enseñanza: de cómo las tormentas del alma, en muchos seres, producen, en ocasiones, mayores estragos que los cataclismos de la naturaleza.

Catita, no obstante aquel inmenso desengaño producido por una doble y dolorosa traición, no cambió sus actitudes ni su vida tranquila y piadosa para con todos sus amigos y conocidos. Procuró consolarse ante la muerte del recuerdo de un afecto tan puro y sólido, como el que ella conservaba como en un templo consagrado a la memoria del Cónsul inglés, que había caído en tan inexplicables liviandades, al juzgársele por su educación y apariencia.

Los amores de Auristela con el Jefe de la Oficina de su esposo, Mateo del Pozo; los sufrimientos de aquel manso, pacífico y buen hombre, que se transforma en una fiera a impulsos del dolor que lo lleva hasta las puertas del crimen, seguido esto del arrepentimiento profundo de Auristela, que descubre en del Pozo a un hombre hasta ayer desconocido para ella y del cual termina enamorándose locamente hasta arrancarle con sinceridad un perdón generoso que les abre las puertas de una nueva vida feliz, son páginas admirables de psicología humana, llenas de realidad, de esperanzas y consuelo.

La empleada de Catita, Rosario, se enamora de un esforzado trabajador del mar, Chuma, noble, valiente y generoso rotito chileno, que reúne todas las buenas condiciones de tantos ejemplares de nuestra modesta raza; produce honda y profunda emoción, cuando llega pletórico de alegría donde su amada, con un fajo de billetes que le entrega como arras y promesa de un próximo matrimonio. La muchacha, honrada y leal, sobrecogida ante tantos pesos, que no había visto nunca reunidos en tal cantidad, rechaza el presente temiendo que haya sido adquirido en mala forma. Chuma, con excepcional y vigorosa elocuencia, inspirada por su amor, explica que un Armador que va a Panamá lo ha contratado para el viaje, que él aceptó pidiéndole aquel anticipo, por si no volviera o muriera en el trayecto, a fin de que quedara ella con lo necesario para atender a sus más premiosas necesidades. Celebraron en seguida la promesa de su matrimonio, con entusiasmo. Chuma partió. Rosario vivió largos días de inquietud esperando el regreso de su prometido para efectuar el deseado matrimonio. Desgraciadamente, aquel día tan esperado no llegó. Cuando el barco enfrentaba la Barra del río, que tenía que salvar para entrar al Puerto, estalló una de las más formidables tormentas, propias de aquella región. La lucha prolongada con los elementos embravecidos, fué larga y violentísima.

Se describe la tempestad con majestuoso realismo y se ve a Chuma, horas y horas, cerca del timón, defendiendo con singular esfuerzo su vida que está en los umbrales de la inmensa felicidad prometida y la de sus compañeros, a quienes infunde esperanzas hasta el último momento, obedeciendo las órdenes de su Comandante, viejo lobo de mar habituado a aquellas grandes batallas frente a los elementos implacables.

El timón se destroza finalmente, queda la nave a merced de las olas embravecidas, cada vez más, por la porfiada resistencia del barco que zozobra, tragado bajo un torbellino de agua.

Chuma, es bastante fuerte para alcanzar a nado la costa y salvar su vida; muchas veces había realizado aquella proeza sin dificultad; pero viendo a su viejo Comandante en combate desesperado con las olas, se olvida de sí mismo, acto propio de la generosidad de sus nobles sentimientos, vuelve atrás para salvar a su jefe, en el mismo momento en que una enorme lancha, volcada por la tormenta implaca-

ble, pone término a su vida con un recio y mortal golpe en la cabeza.

Terminan así, para siempre, las esperanzas que acariciaba Chuma y por cuya realización deliraba la buena y sencilla Rosario, que lloró mucho tiempo a su amado, oyendo el relato de sus últimas proezas, contadas por hombres de mar que las presenciaron sobrecogidos desde la playa cercana.

Algún tiempo después, Rosario, vencida por la realidad de la vida, aceptó el matrimonio que le ofrecía un buen hombre a quien ella había desdeñado algunos años antes, por amor a su valiente y abnegado Chuma.

En este episodio, tan sencillo y modesto en apariencias, fluyen y se realizan sentimientos llenos de belleza, probando que la rectitud y nobleza en las acciones humanas, no es patrimonio sólo de las clases adineradas de la sociedad. La descripción de la tormenta, el coraje de Chuma, el dolor de la pobre Rosario están descritos y contados en forma magistral, produciendo al leerlos honda emoción, como si se hubiera presenciado. Tal es la realidad y vigor de la relación.

Numerosas escenas conmovedoras y llenas de profundo sentimiento, campean en su interesante libro, en cada uno de los hechos o episodios relatados, hasta llegar al punto culminante y céntrico de la novela. La llegada a Constitución de dos ingenieros franceses, venidos a estudiar científicamente y en detalle, la construcción del Puerto, anhelado por la región y por el país entero, a fin de dar desarrollo y movimiento a la producción agrícola e industrial de una inmensa zona del territorio, mediante la salida al Pacífico.

Uno de aquellos jóvenes ingenieros, Renato Vaugirard, era hijo de un noble francés de legítimos y rancios abolengos. Su padre, el Conde que le dió su nombre, vivía empobrecido en Francia. El hijo, dotado de hermosa presencia física, de verdadero talento, ilustrado, de maneras y trato fino y cultísimo, quería ganarse la vida por su propio esfuerzo, redimiendo la fortuna perdida por su padre, mediante trabajo personal. Persiguiendo aquel propósito, inspirado en sana dignidad que correspondía a la verdadera nobleza espiritual de su estirpe, renunció voluntariamente a sus comodidades, a los deleites supremos de la ciudad Luz, para radicarse en un pueblo solitario y apartado, en un país tan lejano al suyo, soportando

privaciones de todo género, encontrando en el trabajo esforzado, consuelo y esperanza.

En aquella misma época, la millonaria Rosita del Valle, que había vivido muchos años en París, disfrutando de sus caudales, vino a residir algún tiempo en su hermoso Fundo «Quivolgo», próximo a la desembocadura del Maule. El objeto del viaje obedecía, también, al propósito de darle salud y tranquilidad a su hija Silvia, hermosísima muchacha que bordeaba los 17 años y necesitaba reposo por prescripción médica.

Rosita del Valle, cuyas prendas físicas, morales e intelectuales describe Ud. en forma maravillosa, conoció a Renato. Con maestría y elegancia artística destaca Ud. la natural e inmensa atracción que produjo el apuesto ingeniero en el alma delicada y selecta de Rosita, quien, forrada y protegida por la coraza de su sincera honestidad, luchó fuertemente por alejarse del joven, evitando con resolución y firmeza todo contacto e intimidad. Pero, la afinidad de aquellos espíritus excepcionales los atrajo con la fuerza irresistible que el destino pone en ocasiones frente a las mayores resistencias humanas. Renato y Rosita, no obstante su mutua resistencia, llegaron a una suprema intimidad, que pudieron mantener a cubierto y al margen de la maledicencia. Nada ni nadie perturbaba el secreto de aquellas dos almas de selección, llamadas, por el imperativo de la vida, para aproximarse y disfrutar de deleites escogidos sólo para almas superiores.

La hija, que amaba entrañablemente a su madre, sentimiento que ella pagaba en igual forma, se trasladó también a «Quivolgo». Conoció a Renato y, a poco andar, sintió encenderse en su alma inocente y juvenil su primer amor de adolescente, frenético, por el francés, que llenaba ampliamente su corazón.

Maestramente pinta Ud. los temores que aquella pasión inspiraba a Renato, quien se esfuerza por evitar los encuentros y conversación con la niña que, cada vez más, sentía inflamado su corazón y aumentada la llama quemante del primer amor de su vida. La niña se hace castillos en el aire, se cree la futura esposa de aquel príncipe encantado de las Mil y Una Noches que, de lejanas tierras, ha venido en su busca para abrirle las puertas de la felicidad infinita. Silvia participa sus sentimientos, sus ideas, a una amiga íntima. Sueña, con que sus ilusiones serán pronto realidades. Inventa un paseo a

la otra rivera del Maule, dispuesta a hablar allí, claro, a Renato, ofreciéndole su mano, convencida que la aceptaría, ya que ella se creía amada y estaba segura que él nada le decía por orgullo y para que no se pensara que la pretendía persiguiendo su fortuna. Estaba cierta del éxito y deliraba con la idea de volver del paseo lista ya para participar a sus amistades y al público la fecha de la boda.

Ud., mi querido amigo Lucho, pinta el sueño de la niña en forma tan precisa y animada, que parece que los pensamientos y las ideas de aquel cerebro juvenil se convierten en una viviente realidad.

Mientras Silvia avanzaba rápida en un pequeño carruaje, desparramando sus sueños deliciosos en torrentes de ilusión, contándose los a su amiga, recibe un papel, en el cual Renato le pide excusas por no poder acompañarla en el paseo, debido a ocupaciones imposterables de su profesión. Destrozada el alma de la niña ante el desplome de sus ilusiones y de su sueño ardiente, vuelve el rumbo de su carruaje y corre veloz hacia «Quivolgo». La ausencia de Renato la desinteresaba del paseo y la hacía buscar a su madre para confesarle su amor y sus propósitos.

Pasa por el parque rumbo a las casas; frente a un kiosco solitario que daba a uno de los caminos, siente un ruido extraño, empuja la puerta y descubre allí a Renato, en intimidad con su madre. Comprende la magnitud horrible de la tragedia. Y cae sin conocimiento, para no recuperar más su razón. Era la vida que se vengaba, era el horroroso castigo impuesto por el destino. Ante la hija, perdida para siempre, Rosita se alza, erguida, espléndida, y pronuncia la sentencia irrevocable: «Vete, no te veré nunca jamás en la vida». La madre despertó en la plenitud soberana de la maternidad, más fuerte que todo, recuperó sus máximas energías para vencer los sentimientos que pudieran haberle alejado de sus sagrados deberes.

Renato, anonadado, despavorido, resolvió encontrar refugio en el suicidio. Lo intentó. Escribió una carta explicando su actitud. Al poner en práctica la idea, aparece en la mente la imagen atormentada de su padre anciano, luchando en la pobreza, aliñada con los dolores físicos de la vejez; y de su hermana, también desemparedada. Rompe la carta, y sin más Cireneo que su voluntad y esfuerzo, se hecha al hombro la cruz

inmensa de sus dolores, continuando resuelto la lucha tenaz por la vida.

A la narración de esta tremenda tragedia, en un lenguaje ameno, correctísimo, lleno de finura y delicadeza para decir cuanto es necesario sin herir el pudor de nadie, sigue el último capítulo que cierra la novela, reproduciendo con tanta realidad la vida tal cual es.

Mientras hay corazones que se desgarran y caen destrozados por el dolor, la vida, impasible en su marcha, sigue dando a otros soluciones y felicidades inesperadas.

El último capítulo de *Playa Negra*, maravillosamente escrito, con gran sencillez, contiene un libro de filosofía ante el cual debemos meditar y encontrar siempre conformidad en los mayores dolores.

Finalmente, mi querido y viejo amigo, no soy crítico de literatura ni de arte. No es aquélla mi especialidad. Soy apenas un modesto lector que saborea la belleza donde quiera que la encuentre. Su libro me ha procurado deliciosos momentos de agrado y me autoriza para afirmar, dentro de mi modesto juicio, que Ud. es un gran escritor, que merece figurar con honor en primera línea, a la vanguardia de los escritores chilenos y frente a los de mayor fama en otros Continentes.

Reiterándole mis calurosas felicitaciones, quedo siempre suyo, Atto., S. S. y decidido amigo

ARTURO ALESSANDRI PALMA

Arturo Alessandri Palma

*DISCURSO ANTE LA TUMBA DE DON
LUIS ORREGO LUCO*

(Diciembre 4 de 1948)



DON LUIS ORREGO LU'CO

(FOTOGRAFIA TOMADA DESPUES DE LA REVOLUCION DE 1891)

Señores:

En nombre de la Academia Chilena, cuyo seno honraba con su magnífica inteligencia, y su vasta y admirable obra de escritor, vengo a despedir a Luis Orrego Luco, figura insigne y preclara, no sólo de las letras chilenas, sino de la literatura toda de este vasto mundo que es la América.

Su obra es inmensa porque es la de un artista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpatía noble, comprensiva y generosa.

Escribió novelas admirables, repito, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria, y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es, a mi juicio, nuestro primer novelista, el más ilustre y grande de todos; mayor que Blest Gana. *Casa Grande*, por ejemplo, es una obra que tuvo un éxito inmenso cuando se publicó y continúa teniendo hoy y lo tendrá siempre, porque posee méritos artísticos y un valor histórico, como retrato de una sociedad y de una época, que difícilmente podrán ser igualados.

Su última novela, *Playa Negra*, publicada hace apenas un año, me conmovió profundamente y yo escribí en «El Mercurio» un extenso estudio para analizarla, para examinar, alabar y aplaudir toda su belleza. Y esta obra, verdadero canto de cisne, revelaba que las dotes imaginativas, el conocimiento profundo del corazón humano, conservaban en la tarde de su vida toda la profundidad y el encanto de la juventud.

Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas

sus energías. Luchó en defensa de la constitución y de la ley en los campos de batalla, que se tiñeron con su sangre generosa, ganándose en buena lid el grado de General de la República, que el Gobierno le reconoció justicieramente más tarde. Fué parlamentario brillante, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, cargo en que le correspondió el honor de impulsar la ley de instrucción primaria obligatoria, cuya dictación se le debe en gran parte. Más tarde fué Embajador y Ministro diplomático en varios países amigos, donde dejó honda huella de su capacidad extraordinaria.

Me unía a él una íntima amistad que duró toda la vida y debo recordar que juntos hicimos muchas campañas en beneficio del país.

Por eso he venido, en representación de la Academia Chilena, a despedir sus restos con honda, inmensa y viva emoción.

¡Luis Orrego Luco, se abren para ti las anchas puertas de la inmortalidad, y sobre tu figura caen ya los rayos de la gloria!

T A B L A

<i>Itinerario de Don Luis Orrego Luco.....</i>	7
<i>«Casa Grande» por Emilio Vaisse.....</i>	15
<i>La novela «Casa Grande» y la transformación de la So- ciedad Chilena por Domingo Meli.....</i>	31
<i>«Playa Negra» por Arturo Alessandri Palma.....</i>	53
<i>Discurso de don Arturo Alessandri ante la tumba de Don Luis Orrego Luco.....</i>	63